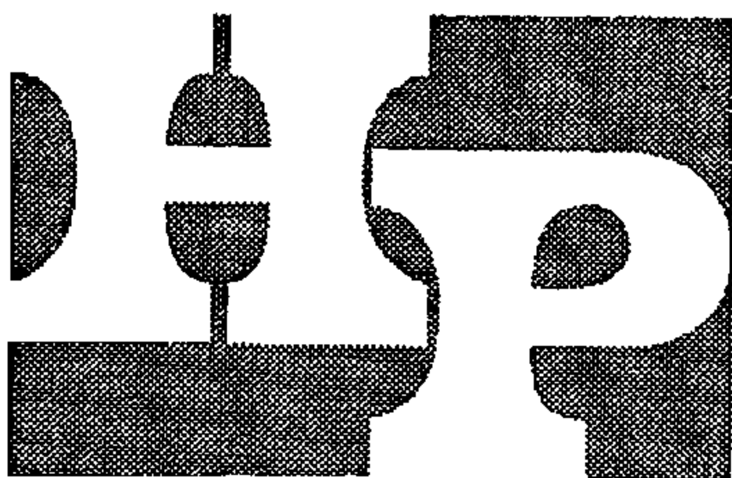


tragedia en Tuba-City

Silver Kane





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

TRAGEDIA EN TUBA-CITY

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 419
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B 46880-1977

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición, enero, 1978

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Los cinco hombres habían dejado atrás el Monte Navajo, en el norte de Arizona, con su mole de diez mil cuatrocientos pies de altura.

Para llegar hasta allí habían seguido el Gran Canyon, en el que se encajonaba el río Colorado, que en aquella zona es tempestuoso, áspero y rugiente.

El sol pegaba fuerte.

Los rostros de los cinco jinetes estaban bañados en sudor.

—¿Siempre hace el mismo calor aquí? —murmuró uno de ellos.

—No. Por la noche refresca. Hace incluso frío.

El que acababa de dar aquella explicación era el único que montaba un caballo sin silla, y el que vestía más sencillamente. Llevaba tan sólo unos pantalones y una camisa, siendo su único detalle de lujo unas buenas botas de hombre blanco. Cosa extraña, porque no era hombre blanco, sino un indio navajo de los que vivían fuera de la reserva, un vendido a los rostros pálidos, en cierto modo, y al que muchos de sus hermanos de raza despreciarían por ello.

El que había hecho antes la pregunta era, en cambio, el mejor vestido. Parecía recién llegado de la ciudad y usaba pantalón fino, levita y chaleco. Inútil es decir que en aquel ambiente, todas ésas ropas le molestaban mucho.

Fue este último el que miró en torno suyo.

—Tuba. ¿Y ahora por dónde vamos?

El navajo señaló a su derecha.

—Estamos orientados al Sur —dijo reflexivamente—. Siguiendo el río encontraremos el Marble Canyon.

—¿Falta mucho?

—No. Ahora el camino ya es mejor.

—Menos mal. Esto se va haciendo insoportable.

Los otros tres jinetes no decían nada.

Para ellos el viaje parecía no ser ni mejor ni peor que otros que habían hecho en su vida. Ni siquiera sudaban. Parecían de esos tipos que se amoldan a cualquier cosa.

Uno de ellos llevaba las manos atadas a la espalda.

El viaje debía habérsele hecho insoportable, en esas condiciones, pero no se quejaba.

El navajo sugirió:

—¿Seguimos?

—Sí, claro, cuanto antes mejor. ¿Y por dónde entraremos en la reserva india?

—Puede decirse que estamos en ella ya. Luego no tendremos más que torcer hacia el Este, desde el río Colorado, y llegaremos a Kaibito.

—¿Qué tal es?

—Una triste ciudad —dijo el navajo, sin querer dar una opinión demasiado concreta.

—¿Las otras también?

—En la reserva de los indios Topi, más al Sur, están las ciudades de Tonalea, Hotavilla y Oraibi. Dicen que son más alegres, pero yo no me quedaría a vivir en ninguna de ellas.

—Pues esta tierra no es mala. Las aguas del Colorado la hacen cambiar. A mí me parece fértil.

El navajo la miró. Diríase que una nube de tristeza flotaba en sus ojos.

—Sí, esta tierra es buena. Por eso los navajos no podemos usarla.

—¿No forma parte de la reserva? Acaba de decir que ya estamos prácticamente en ella.

—Sí y no —dijo el indio—. Ya irá averiguando muchas cosas cuando viva aquí, señor Colman.

El que iba vestido como un caballero se encogió de hombros.

En este momento lo que le importaba era llegar, darse un buen baño. Poder tener una casa decente, si es que las había en aquellos malditos poblados de la tierra india.

—Sigamos —ordenó.

—Un momento —rogó el navajo—. Creo que sería prudente

hacer una cosa.

—¿Cuál?

—Liberar a ése.

Señaló al jinete que tenía las manos atadas a la espalda y que en todo el viaje no había despegado los labios.

—Bueno. Hazlo.

El navajo se acercó al prisionero.

Éste ni siquiera lo miró. Era un hombre muy alto, tanto que el caballo parecía pequeño bajo él. Aquel hombre tenía los hombros anchos y los brazos hercúleos. Su mandíbula era cuadrada y todo su rostro parecía formado por un conjunto de líneas rectas.

Sus manos fueron liberadas. Las ligaduras habían dejado surcos profundos en su piel. En antebrazos y muñecas había sangre coagulada.

El prisionero —que en cierto modo ahora había dejado de serlo— vestía una camisa a cuadros y unos pantalones tejanos. Sus botas eran buenas, de cuero labrado. No llevaba armas.

El hombre elegante —el llamado Colman— se las entregó ahora. Consistían en un cinto canana bien repleto de plomo y un «Colt».

—Toma, Liman.

Liman, el ex prisionero, se frotaba las muñecas para restablecer en ellas la circulación.

—Tengo las manos dormidas —dijo—. No podría disparar ahora.

—Tampoco es necesario que lo haga. Le hemos dado esa arma antes de entrar en zona peligrosa para que vaya acostumbrándose.

El otro no contestó.

Se limitó a encogerse de hombros.

Colman le miró con cierta suspicacia, pues no acababa de gustarle la idea de que aquel hombre pudiera volver a matar, estando tan cerca suyo como estaba.

Pero él mismo había tenido aquella idea, de modo que se encogió de hombros.

—Sigamos —murmuró.

Fueron en dirección al Marble Canyon, bordeando lo que más tarde llegaría a ser el hermoso parque nacional de Canyon Park. El río Colorado era allí tan impetuoso y salvaje como en el Glen Canyon. Una espesa y maravillosa vegetación lo bordeaba. No parecían aquéllas las pedregosas tierras de Arizona que poco antes

dejaron atrás. Y sin embargo, era el mismo territorio.

El calor había disminuido. Ahora se tenía casi frío, a causa del aire que llegaba del río.

Colman estaba algo intranquilo.

Consultaba el reloj con frecuencia.

—Vamos un poco retrasados —dijo—. Hará ya casi medio día que Lisa nos está esperando.

Liman iba junto a él.

Con voz casi imperceptible, murmuró:

—¿Lisa? Lisa es nombre de mujer.

Colman le miró con recelosa suspicacia.

—En efecto, es nombre de mujer. ¿Cuánto tiempo hace que no ves a una de ellas, Liman?

—Un año.

—Pues como si continuaras igual. Como si continuaras sin verlas. Porque Lisa es hija mía, y si le clavas el ojo encima yo soy capaz de hacer que te claven una bala entre las cejas. En cuanto a las mujeres navajo o las mujeres hopi, como si no existieran para ti. En primer lugar son muy sucias. En segundo lugar, según lo que hagas, sus maridos o sus hermanos te arrancarán la piel a tiras.

Liman le miró fijamente.

Su expresión era inescrutable.

—No tema por las indias. Me gustan más las blancas —murmuró.

Colman fue a decir algo, pero en aquel momento se oyeron disparos.

Sonaban no muy lejos de allí, a cosa de una milla. Seguramente de no tener delante aquella colina boscosa que les impedía la visión, hubieran distinguido a los tiradores.

Colman palideció.

Sus labios temblaron mientras preguntaba:

—Esos disparos, ¿suenan en la confluencia del Pequeño Colorado?

—Sí. Allí…

—¡Infiernos! ¡Es el lugar donde tenía que encontrarme con Lisa!

—¡Pues corramos! ¡Está en un apuro!

Todos picaron espuelas y los caballos bordearon al galope la colina boscosa.

Avanzaban a gran velocidad. Hasta el gordo Colman parecía ahora un buen jinete. Los caballos, que deseaban galopar porque hasta ahora habían ido al paso, estiraban los cuellos buscando tragarse el terreno.

Muy pocos minutos después vieron el escenario del tiroteo, que había continuado implacable durante su galopada.

Lo que vieron les heló la sangre en las venas, al menos a Colman.

Con voz entrecortada balbució:

—Lisa…

—Cállese —aconsejó el navajo—. Por favor, cállese. Que no nos vean…

Desde lo alto de unos promontorios, dos hombres disparaban con sus rifles contra un hombre y una mujer que habían sido sorprendidos sin duda, y estaban precariamente parapetados tras unos montones de piedras. No podían responder al fuego, porque si asomaban la cabeza serían infaliblemente batidos. Y de todos modos tampoco tardarían en serlo aunque se estuvieran quietos, porque las balas se acercaban a ellos más y más.

No era eso lo peor.

Un tercer hombre, al que no podían ver, se iba acercando a su espalda. Ya llevaba el revólver preparado. Unos segundos después dispararía, pero no contra la mujer.

La mujer, por lo visto, tenía que quedar viva. Las intenciones que parecían abrigar con respecto a ella eran muy concretas.

Colman se llevó una mano a la boca.

—¡Cielos!

Estaban a demasiada distancia para alcanzar a aquel tipo. Y éste iba a disparar.

Liman no hizo el menor comentario.

Sacó el revólver que acababan de darle y lo sopesó. Parecía no tener nervios y no sentir la menor prisa. Luego tendió el brazo.

Éste parecía tan tenso como un cable de acero.

Hizo un solo disparo.

El hombre que iba a matar a traición dio una especie de cómica voltereta. Cayó, hundiendo la cabeza en el polvo, y allí quedó espantosamente quieto.

Liman movió el brazo derecho. Era difícil decir dónde demonios

apuntaba ahora.

Los otros dos hombres habían asomado la cabeza por entre las rocas del promontorio. Querían saber qué pasaba. No entendían absolutamente nada de aquello.

Siguieron sin entenderlo.

Sonaron dos detonaciones y los hombres alzaron los brazos al cielo, mientras lanzaban un doble alarido.

Luego ya no se movieron más, al menos por su voluntad. Los cuerpos resbalaron entre las rocas y terminaron empotrándose entre los guijarros que bordeaban el riachuelo.

Colman miró a Liman como si éste fuese un aparecido.

—¡Di… diablos! ¿De dónde ha sacado esa puntería?

—No estoy demasiado en forma —dijo Liman—. He tenido que apuntar demasiado rato.

Y no dijo nada más. Permaneció quieto mientras los otros cuatro galopaban hacia la pareja que había sido sitiada.

La muchacha, que ahora sabía se llamaba Lisa, tendría unos dieciocho años. A aquella distancia se apreciaba que era muy bonita. Tan bonita que los ojos de Liman se entrecerraron con una expresión que parecía dolorosa, porque era verdad que llevaba un año sin ver a una mujer. Y ésta le estaba tan prohibida como una estrella a la que no conseguiría alcanzar nunca.

Vestía pantalones azules y camisa a cuadros. Las ropas masculinas no disimulaban de ningún modo la perfección juvenil de sus líneas y la rotundidad de sus curvas.

El hombre que iba con ella tenía un tipo cuadrado, macizo. Era joven y atlético. Seguramente un pistolero encargado de proteger a Lisa durante el viaje, y que había tenido la mala suerte de caer en aquella encerrona.

Ahora nadie se preocupaba de Liman.

Éste tenía la posibilidad de huir. Disponía de un buen caballo y un revólver.

Pero no conocía la comarca, y además no tenía dinero ni alimentos. En esas condiciones y contando con que todos los indios obedecerían a Colman y le rastrearían, no iba a poder llegar demasiado lejos.

De modo que olvidó aquel pensamiento que había pasado fugazmente por su cráneo y se acercó al grupo que ya formaban la

muchacha, el pistolero y los otros cuatro hombres.

Colman abrazaba a su hija.

Parecía presa de la mayor emoción y las lágrimas casi asomaban a sus ojos.

—¡Lisa! ¡Creí que iban a acabar contigo! ¡Dios santo, nunca había pasado por un momento tan terrible! ¿Qué ha sucedido?

—Por lo visto, nos habían seguido durante las últimas millas sin que lo notáramos —dijo ella—. Sus intenciones estaban bien claras.

—Casi no puedo creerlo.

—¿Por qué no? Esta tierra está infestada de granujas y por eso contrataste a Burton. Para que me protegiera.

Burton, el pistolero que había estado a punto de morir, se disculpó con un gesto.

—Crea que lo siento, señor Colman. Debían conocer el terreno mejor que nosotros y nos siguieron con mucha astucia. No nos dimos cuenta de nada hasta que ya los teníamos encima. A duras penas pudimos cobijarnos tras esas piedras.

Añadió con una mueca de rencor:

—Sus intenciones estaban muy claras. No sé qué hubiera sido de Lisa, una vez muerto yo.

Colman miró al cadáver que tenía más cerca.

—¡Maldito hijo de perra! —Gruñó.

Luego presentó a su hija a los que habían venido con él.

—Éste es Lince Gris, de la tribu de los navajos —dijo señalando al indio—. Conoce muy bien la comarca y nos ha ayudado desde la capital. Estos otros dos son mis ayudantes, los que colaborarán conmigo en el gobierno de la reserva india. En cuanto a éste…

Señaló a Liman, pero en el último momento pareció vacilar.

—¿Ese qué? —preguntó la muchacha.

Sus ojos azules se clavaron fijamente en los ojos grises de Liman. Sus labios rojos temblaron un momento.

Era la chica más bonita que Liman había visto jamás, o al menos esa sensación tenía ahora. Pero estaba tan lejana como una estrella, tan lejana como un imposible. Con un imperceptible gesto de resignación, dejó de mirarla.

Ella insistió:

—¿Quién es?

—Se llama Liman. Es el que ha disparado, matando a esos

hombres. Se trata de un pistolero al que hemos estado buscando para que nos protegiera durante el camino.

—¿Y por qué tiene las muñecas marcadas? ¿Es que ha estado atado? —preguntó ella.

Colman se mordió los labios.

—Bueno, es que…

Y de pronto lanzó una carcajada, mientras señalaba a Lisa.

—Mi hija es una preguntona —murmuró—. Se ha educado en un colegio de Henderson, en California, y por eso acordamos reunimos aquí, ya que esto está a poca distancia de donde ella se encontraba. Me acompañará en la reserva, puesto que ya no tiene edad para seguir en el colegio. Pero, vaya, si es preguntona… Quiere saberlo todo.

Total, que Colman se había salido por la tangente. Y logró dejar sin respuesta la pregunta de su hija.

Liman hizo girar el caballo poco a poco.

—Ya no debe faltar gran cosa para llegar a la reserva —dijo—. ¿Por qué no seguimos?

—¿Sin enterrar a los muertos?

—¿Para qué? —dijo Liman encogiéndose de hombros—. No se preocupe por ellos. Los buitres también tienen derecho a comer de vez en cuando carne fresca…

CAPÍTULO II

Cuando después de atravesar la pequeña y polvorienta Tuba City se disponían a cruzar el río Moenkopi, vieron un grupo de indios que arreaba una punta de ganado.

Eran de la tribu hopi, seguramente. Formaban un grupo de unos veinte. Y las reses que estaban arreando eran seis vacas y dos terneros, en total ocho piezas.

Colman murmuró:

—¿Qué es eso?

Lince guardó silencio.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no contesta? —preguntó Colman.

—No estoy seguro de lo que ocurre —dijo el indio.

—¿Cómo que no está seguro? ¡Lo que ocurre es que no quiere responderme! ¡Diga! ¿Están esos indios robando las reses?

—Pues…

—¿Sí o no?

—Es posible que sí. El terreno al que se dirigen es el suyo. Y las tierras de las que salen son las que forman el rancho de Forbes.

—Ah, el señor Forbes… —dijo Colman respetuosamente—. Un hombre con notable influencia política y, desde luego, con mucho dinero… Me han hablado de él. De modo que esos granujas pueden haberle estado robando sus reses.

—Qui… quizá.

—Yo acabaré con todo esto —dijo abruptamente Colman—. De ahora en adelante, habrá disciplina. Rígida disciplina.

—Ya la hay, señor. Y mucha. El señor Forbes no consiente que nadie se le desmande.

—Entonces, ¿cómo se explica lo que veo?

El indio vaciló antes de contestar, como si se encontrara en un

serio apuro.

—Verá, señor Colman —dijo al fin—, los indios de esta zona pasan hambre. No tienen para dar a sus familias nada que comer. Las tierras eran buenas en esta parte, pero se las fue quedando el señor Forbes. Las únicas tierras de la comunidad que eran rentables, desde aquí hasta el Marble Canyon, se las fue anexionando parcela a parcela, hasta formar un enorme rancho. Todo para el señor Forbes.

Colman murmuró:

—¿Quiere decir que la apropiación fue ilegal?

—Yo… yo no digo eso, señor. Sólo que los hopi no tienen tierras y pasan mucha hambre.

—Como nuevo administrador de estas reservas, aclararé todo lo que haya que aclarar —murmuró Colman—. No consentiré que haya aquí ninguna injusticia. Pero lo primero que he de hacer es cuidar del orden y castigar duramente los desmanes. ¡Sobre todo orden, mucho orden! Lo demás ya irá viniendo solo.

El indio le miró con expresión indescifrable, con una extraña expresión donde parecía palpitar todo el lejano dolor de su raza.

—Sí, señor Colman —dijo al fin—. Sobre todo, mucho orden. Pero no se preocupe demasiado por eso, dado que el señor Forbes ya lo impone.

Se produjo un momento de silencio.

Luego Colman volvió a mirar la reata que ya iba desapareciendo. Y apretó las riendas.

—Sigamos —dijo—. Hay que llegar cuanto antes a la reserva, es decir a la que será mi casa.

La casa del administrador general de la reserva navajo y de la reserva hopi estaba situada en el único rincón hermoso de aquella tierra que no perteneciera ya al rancho Forbes. Se hallaba en lo alto de una colina desde la que se divisaba un magnífico panorama. Prácticamente desde allí se dominaba toda la zona, incluso el edificio del rancho Forbes, situado en medio de una verde vega. La casa era de sólida madera bien labrada, y se llegaba hasta ella por medio de un buen camino de tierra que los propios indios habían ido construyendo.

Colman dedicó a la casa una mirada aprobatoria.

—Es grande y bien construida —dijo—. Creo que voy a vivir

bien aquí. ¿A ti qué te parece, Lisa?

—Bonita. ¿Cómo es la servidumbre?

Fue Lince quien se encargó de contestar.

—Enteramente india, pero muy bien educada. Creo que no tendrá queja.

Entraron.

En efecto, la servidumbre era india, pero por sus vestiduras nadie lo hubiera dicho. Llevaban enteramente las ropas que llevarían unos servidores blancos. Había cinco hombres y cinco mujeres, todas ellas muy jóvenes y aceptablemente bonitas. Se inclinaron respetuosamente ante el nuevo administrador de la reserva.

Colman captó el ambiente con una mirada complacida.

Su antecesor había tenido que pedir el cese por motivos de salud, o al menos eso se dijo en el terreno oficial. La verdad era que se enamoró de una chica muy joven, una bailarina que no quiso, ni por asomo, vivir allí. Colman estaba seguro de que a él no le pasaría eso. El amaba la vida tranquila, y además esperaba hacer allí, en unos pocos años, y sin robar descaradamente a nadie, una bonita fortuna.

—Mañana mismo empezaré a ocuparme de los asuntos —dijo—. Supongo que vendrán a verme los principales personajes de la comarca.

El que iba a ejercer las funciones de secretario, miró unos apuntes que llevaba en una carpeta.

—Aquí el único personaje importante es el señor Forbes —dijo.

—El señor Forbes… ¡Vaya con él! ¡No han hecho más que mencionármelo desde que penetré en estas tierras!

Imagino que vendrá a verme enseguida de conocer mi llegada…

—Desde luego —dijo el indio enigmáticamente—. Desde luego…

Forbes era hombre de aventajada estatura, excesivo peso, facciones enérgicas y unos cincuenta años encima, estaba furioso aquella mañana.

La gruesa cadena de oro que cruzaba su chaleco tembló cuando él dio aquel puñetazo a la mesa.

—¡De modo que se han largado! —aulló—. ¡Y con ocho reses! ¡Nada menos que veinte cochinos indios!

Ruggles, su hombre de confianza, le miraba desde el otro lado

de la mesa.

Estaba intranquilo. Pocas veces había visto a su jefe de aquella manera.

—Los perseguimos —dijo—, pero obraron con gran astucia. Y cuando los encontramos ya era demasiado tarde.

—¿Qué quiere decir eso de «demasiado tarde»?

—Las reses ya habían sido sacrificadas y entre toda la tribu se las habían comido.

Forbes arqueó una ceja.

—¿En tan poco tiempo?

—Esos cerdos siempre están hambrientos. No tienen bastante con nada.

—Entonces creo que debería hacer una cosa —dijo Forbes.

—¿Qué, señor?

—Algo que mi conciencia me impone.

—Usted dirá lo que es.

—Busca a esos veinte hombres —indicó Forbes—. Los que se llevaron el ganado. Quiero que vengan todos.

—¿Para qué, señor?

Forbes rió.

—¿No dices que tienen hambre?

—Sí, señor.

—Pues entonces la cosa está clara. ¿Para qué voy a quererlos, hombre? ¡Para invitarles a una buena comida!

La labor de Ruggles empezó inmediatamente. Parecía que iba a ser muy difícil, porque era de suponer que ninguno de los veinte hombres querrían identificarse. Pero en cuanto aseguró que el señor Forbes estaba dispuesto a perdonar y que incluso les invitaba a una comida, todos se presentaron.

Los indios hopi eran astutos para cazar y para guerrear, pero nada más. En todos los otros aspectos de la vida, obraban con una ingenuidad asombrosa. Sobre todo un tratado de paz o una comida de reconciliación, eran sagrados para ellos.

No concebían que los hombres blancos, o al menos una parte de ellos, pudieran guiarse por distintas normas.

Al día siguiente, cuando el nuevo administrador, Colman, aún no había empezado a instalarse a su gusto en la nueva casa, los veinte indios estaban en Rancho Forbes.

Venían con sus mejores ropas, y todos ellos habían tratado de lavarse bien, pero aun así se les veía desastrados al lado de los elegantes pistoleros que trabajaban en el rancho Forbes. En el patio porticado de éste se había instalado una magnífica mesa. Había allí nada menos que veinte pollos asados, uno para cada uno, tortas de maíz, fruta y vino en abundancia, vino rosado traído de los no muy lejanos viñedos de California.

Los indios se alinearon en torno a la mesa.

Sus ojos estaban ávidamente clavados en aquellos manjares que normalmente no hubieran podido ni soñar. Otros miraban las jarras de vino, el delicioso néctar que no habían probado nunca. Estaban ansiosos por saltar sobre todo aquello, por saciar un hambre que les roía las entrañas, a pesar de la comida del día anterior. Porque las ocho reses habían tenido que ser distribuidas entre muchísimas personas, y además el hambre que le ha atormentado a uno durante toda la vida no se sacia en un día. Parece como si fuera una enfermedad que hubiese llegado a formar parte de uno mismo.

Pero, pese a todo ello, los indios fueron bien educados. No se movieron hasta que se les dio la señal.

Entonces saltaron todos hacia la mesa.

Ocuparon sus asientos y empezaron a comer ávidamente, sin pausas, como si temieran que los alimentos se esfumaran delante de sus ojos.

Apenas bebían.

Los muslos de pollo, las tortas de maíz, desaparecían en un santiamén entre sus sanos dientes.

Desde una de las ventanas del rancho, la esposa de Forbes miraba aquello con gesto de repugnancia.

Elena Forbes tenía veinticinco años menos que él. Estaba en lo mejor de su vida, de su plenitud. Era la clásica belleza que un día encuentra un hombre rico, que la dobla en edad, pero que puede colmar sus ambiciones, que le da todas las comodidades. La historia de ese matrimonio era simplemente ésa: muchos lujos, muchas joyas y muchas noches de pasión por parte de Forbes, aunque no por la suya, puesto que Elena ni una sola vez había llegado a interesarse físicamente por él.

Eso le importaba poco, sin embargo.

Era una mujer fría, orgullosa, o al menos creía serlo.

El hecho de ser una de las mujeres más ricas e importantes de Arizona resultaba bastante para ella. Y por eso le parecía tan intolerable que el patio porticado del rancho, ¡nada menos!, se hubiera llenado de andrajosos indios que comían a dos carrillos, lanzando de vez en cuando gruñidos, como si fueran perros.

Acariciando su collar de perlas, dijo a Forbes, que estaba junto a ella:

—¿Por qué todo esto? ¿Qué te propones?

—Esa gente tenía hambre.

—Sí, ya lo veo. ¡Demasiada!

—Creo que necesitaban un banquete, al menos una vez en su vida. Por eso se lo he dado.

Ella le miró extrañada.

—Tú nunca has dado nada a nadie.

—¿A ti tampoco?

—Bueno… Yo soy distinta. ¿O no lo soy?

Los ojos de Forbes recorrieron ansiosamente las opulentas formas de la mujer, de la que nunca se cansaba.

—Claro… Claro que tú lo eres, Elena.

—¿Pues qué te propones con todo eso?

—Es una cuestión de prestigio.

—No te entiendo.

—Ya lo entenderás… El prestigio es lo que más vale en la vida de un hombre como yo, Elena.

Ella le miró con expresión recelosa.

—Confieso que tampoco acabo de entenderte. ¿De qué clase de prestigio hablas?

—La gente tiene que saber de lo que un hombre como yo es capaz. Tiene que respetarme.

Los indios ya estaban terminando la comida. La habían devorado con insólita rapidez.

Forbes lo contemplaba todo desde una de las ventanas, en compañía de su joven esposa.

Había otras dos mujeres en el patio, las dos jóvenes y bonitas. Formaban parte de la servidumbre del rancho y también conocieron un día las caricias de Forbes, pero éste las tenía arrinconadas desde su matrimonio. De vez en cuando les prometía que las cosas iban a cambiar si le obedecían ciegamente.

Ambas habían preparado la comida. Y ahora esperaban no se sabía qué, junto a las columnas de los pórticos.

Poco a poco habían ido apareciendo otras personas allí.

Eran seis hombres. Seis de los pistoleros que Forbes tenía para proteger su rancho e imponer la disciplina en sus extensas tierras.

Uno de ellos era Ruggles, su hombre de confianza.

Todos rodeaban prácticamente la mesa, donde los indios consumían sus últimos bocados.

Ruggles miró hacia arriba, hacia la ventana donde estaba Forbes.

Éste hizo una señal.

Todo sucedió entonces con fulminante rapidez, con esa rapidez de pesadilla con que acontecen las cosas durante los sueños, sin guardar ninguna lógica.

Los seis pistoleros sacaron sus armas al mismo tiempo.

Dispararon a mansalva.

Los indios eran unos blancos tan fáciles que no se podía fallar ningún disparo. Sorprendidos, aterrorizados, fueron incapaces de moverse ni de hacer el menor gesto de defensa. Los acribillaron como si fueran muñecos. Algunos se volvieron, pero no llevaban armas. Habían creído que a una comida de amistad habían de venir sin ellas.

Se derrumbaron sobre la mesa o el suelo, chillando, con las cabezas destrozadas por las balas.

Los pistoleros llevaban dos revólveres cada uno. Agotaron sus reservas de plomo.

Sus víctimas yacían aquí y allá, en las más absurdas posturas, y algunas se movían aun, en los espasmos de la agonía.

Entonces sucedió lo más siniestro, lo más horrible.

Las dos mujeres que habían servido la mesa avanzaron provistas de largos machetes. Con ellos remataron implacablemente a los indios que aún se movían. Los pistoleros coreaban cada golpe con grandes carcajadas. Uno de los indios, muy joven, logró arrastrarse casi hasta la puerta, mientras gemía entrecortadamente.

Las dos mujeres le persiguieron como furias, llevando en alto los machetes tintos en sangre.

Forbes, desde la ventana, grito:

—¡Alto!

Todos se detuvieron. Miraron hacia allí.

Forbes, sonriendo, puso delicadamente un «Colt» en la mano derecha de su esposa.

—Éste te corresponde a ti —dijo con suavidad—. Toma, cariño, prueba tu puntería.

Elena no rechazó el arma. Por el contrario, a sus labios asomó una mueca felina, una mueca de indefinible crueldad.

Sonó el disparo. Tuvo más puntería de lo que su propio marido imaginaba.

El indio herido, que ya casi estaba junto a la salida del patio, se derrumbó definitivamente con la nuca atravesada.

Forbes murmuró:

—A eso le llamo yo una cuestión de prestigio, querida. A que todo el mundo sepa de lo que realmente soy capaz.

Hizo una seña a sus hombres mientras gritaba bruscamente:

—¡Quitad de ahí toda esa basura!

Luego cerró la ventana, acariciando con lentitud los suaves hombros de Elena.

La besó en el cuello.

Algunos pájaros asustados, de los que sobrevuelan Arizona en cada cambio de estación, huían velozmente.

Por lo demás, todo era silencio. Un silencio pegajoso, que parecía palparse en el aire[1].

CAPÍTULO III

La noticia llegó al día siguiente al nuevo administrador general de la reserva. Éste aún no había recibido la visita de Forbes y estaba extrañado. En su lugar se presentó un anciano indio que pertenecía a la tribu de los hopi.

El anciano tenía lágrimas en los ojos, pese a ser bien sabido que un viejo guerrero hopi no llora nunca. Se arrojó a los pies del nuevo administrador.

—Señor… ¡Ha de ayudarnos! ¡Veinte hombres de mi tribu han sido asesinados! ¡Han muerto a machetazos y a tiros! ¡Forbes los engañó! ¡Forbes los ha matado, señor!

Colman le hizo levantar. No entendía nada de aquello. Le pidió que se explicara mejor.

El viejo guerrero, con frases entrecortadas, hizo un relato muy detallado de los hechos.

Empezó con el robo de las reses, que parte de la tribu había decidido porque todos estaban muriendo de hambre.

Terminó con el último disparo, hecho personalmente por la señora Forbes. Y hasta mencionó la huida de los pájaros.

Colman escuchaba el relato con gran atención.

Al principio lo oyó todo con un gesto incrédulo. Luego sus facciones se fueron volviendo grises.

Cuando el indio hubo terminado, se produjo en la habitación un largo silencio.

Los dedos de Colman temblaban.

No podía razonablemente dudar de un relato hecho con tantos detalles. Por otra parte, sabía que los indios raramente mienten.

Deseando, sin embargo, no creerlo, susurró:

—¿Cómo has sabido todo esto?

—Porque seguí a esos hombres. No me fiaba. Al ver que aceptaban la invitación, hice lo único que podía hacer: ir tras ellos disimuladamente. Pensaba que podría prestarles ayuda, pero fue inútil. Lo vi todo desde una pequeña colina que domina el patio principal del rancho.

—¿Qué ha sido de los muertos?

—Yo le enseñaré el lugar donde los han enterrado. Usted mismo puede comprobarlo. Se cerciorará de que lo que digo es verdad.

Colman se pasó una mano por los ojos.

—No hace falta. Te creo —murmuró.

—¿Va… va a hacer justicia?

—Eso no quedará impune —murmuró Colman—. No, claro que no quedará impune. ¿Iba yo a consentir una cosa así al principio de mi mandato?

El indio trató de besarle los pies. Colman lo apartó.

—Hala, fuera.

En ese momento se oyó una voz en la puerta:

—Sí, fuera.

Colman alzó la cabeza, sorprendido.

El tipo que acababa de presentarse allí, inopinadamente y sin ninguna ceremonia, tendría unos cincuenta años, pero se conservaba muy bien. Era elegante y alto. Llevaba al cinto un revólver cuya culata era de oro puro.

El viejo indio lanzó una especie de chillido al verle.

—¡Forbes!

Forbes emitió una risita silenciosa.

—¿A qué ha venido este cerdo? ¿A denunciarme?

—¿Y usted, Forbes? ¿A qué viene? —preguntó Colman con una voz helada.

—Es costumbre que los personajes importantes de la zona visiten al nuevo administrador de la reserva para… para testimoniarle sus respetos —dijo el ranchero.

—Pues precisamente me parece muy poco respetuosa la forma que ha tenido de llegar hasta aquí.

Forbes no se inmutó por aquella recepción. Diríase que le gustaba medir sus fuerzas con las del administrador de la reserva. Se sentó en una de las butacas sin ser invitado y propinó un terrible puntapié al indio, quien seguía medio tumbado en el suelo.

—¡Fuera!

El hopi lanzó una especie de gemido desesperado. Hizo un gesto de perro apaleada que teme que le maten. Y se alejó.

Unas gotitas de sudor acababan de aparecer en la frente de Colman. Aquello, en él, era preludio de indignación.

—¿Cómo se atreve…? —farfulló.

Forbes volvió a reír silenciosamente.

—¿Estaba hablando con él?

—¡Sí!

—Imagino que me denunciaba.

—¡Sí!

Forbes se encogió de hombros.

—Nunca hay que hacer caso de la palabra de un indio —dijo filosóficamente.

—Pero los hechos que ha mencionado, ¿son ciertos o no?

—Claro que lo son —dijo el ranchero tranquilamente—. Es posible que en otras circunstancias lo hubiera negado, pero después de haber hablado ese tipo, reconozco que maté a veinte hopi sucios y leprosos. ¿De qué me serviría negarlo? Si usted se empeña, encontrará el sitio en que están enterrados y lo sabrá todo. Pues bien, es cierto: maté a veinte indios. Y en las circunstancias que supongo le ha dicho ese cerdo repugnante.

Colman boqueó.

Estaba mortalmente pálido.

Jamás, en toda su vida, se había enfrentado con un hombre que tuviera un cinismo semejante.

—¿Se da cuenta de lo que dice? —murmuró.

—Claro que me doy cuenta…

—¿Y no opone nada?

—Lo que opongo es bien sencillo. Ya le he dicho que no se puede hacer caso de la denuncia de un indio.

Colman bisbiseó:

—¿Cómo…?

—Muy sencillo: las denuncias de los indios no se admiten en esta reserva.

—¿Quién lo ha dicho?

—Yo.

—¡Usted no es nadie! ¡Aquí soy yo el que manda!

—Pues entonces busque un hombre blanco que haya visto los hechos y que los denuncie. Búsquelo y hágale caso. Si no es así, nadie atenderá su demanda. Ningún juez de los que tienen competencia sobre la zona. Todos son amigos míos.

Colman boqueó otra vez.

Le faltaba la respiración de nuevo. Nunca hubiese podido creer que las cosas marcharan así en la reserva. La seguridad de aquel hombre le hacía desmoronarse.

—Pero yo soy el administrador… —bisbiseó.

—Cierto, pero sólo eso: el administrador. No puede condenarme sin la ayuda de un juez, y ya le he dicho que tendrá que buscar un denunciante blanco, porque nadie dará curso a la denuncia de un indio. Desde luego, puede perjudicarse tratando de quitarme mis tierras, que antes pertenecían a la reserva, pero usted es inteligente y estoy convencido de que no lo hará.

Ofreció un cigarro a Colman. Éste rehusó.

—Bueno, peor para usted. Son buenos, ¿sabe? Especialmente traídos para mí desde la lejana Cuba…

Encendió el suyo parsimoniosamente.

—Mire, Colman —dijo luego, sin llamarle ni siquiera «señor»—, supongo que lo que usted quiere es vivir en paz y ganar algún dinero… digamos honradamente. ¿Con qué cuenta? Con un par de secretarios y nada más. Yo, en cambio, tengo la fuerza. Mi grupo de pistoleros es el más importante y temible de Arizona. Si me tiene a su favor todo esto será una balsa de aceite. ¿Qué importan veinte indios acribillados? ¡Al fin y al cabo hubieran muerto también, pero de hambre! En cambio, si me tiene en contra, la vida se le hará imposible aquí. Cada día le plantearé un problema nuevo. Incluso para los indios es mejor que usted y yo seamos amigos, porque yo les pago los únicos jornales que aquí pueden ganar, y si me pasa por las narices dejar de hacerlo… —Rió otra vez—. Yo le prometo que antes de seis meses se iba de la reserva desesperado, amigo mío. ¿Usted ama el orden?

Colman balbució:

—Sí. Yo considero que el orden es indispensable para el progreso y para… para…

Busco alguna otra palabra que sonara bien, porque los que mandan deben saber emplear palabras bonitas. Pero no la encontró.

—Pues si ama el orden, yo se lo garantizo —dijo Forbes—. ¡Claro! ¡Ya está! ¡Si en realidad los dos queremos lo mismo! ¡La paz y la tranquilidad para esa pobre gente! Cuente conmigo y todo irá bien. Y ahora… ¿acepta uno de mis cigarros?

La mano de Colman tembló un momento, mientras la tenía quieta en el aire.

Pero al fin la tendió poco a poco hacia el lado opuesto de la mesa, donde estaba Forbes.

—Veamos cómo son sus habanos —dijo.

Forbes le tendió uno de ellos.

—Verá como le gustará —dijo con una risita—. Los tengo especialmente para estas ocasiones. Y además le invito a mi rancho con mucho gusto. ¡Verá qué recepción! Lo que he pensado nada más verle, amigo Colman: usted y yo nos vamos a entender perfectamente bien…

Liman salió de la cuadra, donde había estado cepillando algunos caballos. Su expresión era taciturna.

Llevaba dos días viviendo allí, desde que llegó a la casa con el nuevo administrador.

Aquellos dos días le hubieran sentado bien a cualquiera, porque el lugar era agradable, el aire sano y la comida abundante. Sin embargo, las facciones de Liman no reflejaban alegría ni satisfacción. Tenían un extraño color oliváceo. Diríase que una tormenta interior pasaba por su cerebro.

Caminaba sin mirar a nadie. Diríase que sin ver.

Una voz le detuvo entonces.

—Liman…

Miró hacia el lado donde acababa de sonar su nombre. Vio a la muchacha, vio a Lisa. Ahora no llevaba ropas masculinas, como en el momento en que la conoció. Por el contrario, sus ropas eran deliciosamente femeninas, turbadoramente femeninas. Se ajustaban a sus poderosas curvas como una segunda piel. Iba muy bien peinada, y sus labios intensamente rojos palpitaban con lo que podía parecer una llamada secreta.

Murmuró:

—Se llama usted Liman, ¿no?

—En efecto.

—Acérquese, hombre. No se esté quieto ahí, como si yo fuera un

fantasma.

—No, no es un fantasma.

—Pues venga…

Ella, apoyada en una de las paredes de la casa, le miraba fijamente. Estaba deliciosa. Estaba enloquecedora para un hombre que lleva un año sin ver una mujer, y mucho menos una mujer como ella.

Sin embargo, las facciones de Liman estaban impasibles. Seguían siendo un conjunto de líneas inalterables y rectas.

Lisa pareció desconcertada durante unos momentos.

Susurró:

—Cuando nos conocimos, me miraba de otra manera.

—¿Cómo la miraba?

—No sé, no podría decirle… Las mujeres notamos eso enseguida. Yo diría que entonces me miró de un modo muy especial. Igual que si tuviera hambre de mí.

El susurró:

—¿Y ahora no?

—Ahora parece como si pensara en otra cosa.

—Es cierto.

Ella se mordió levemente e) labio inferior, como si se sintiera un poco defraudada. No era coqueta, no había pensado tampoco jugar con los sentimientos de aquel hombre. Pero la había halagado —casi le había producido una secreta emoción— aquel modo de mirarla que él tuvo cuando la conoció.

—Bueno, no le he llamado por eso —dijo—. En realidad yo quería darle las gracias.

—¿Por qué?

—Usted me salvó.

—Sólo hice lo que los otros hubieran hecho de todos modos. Además su padre me contrató para eso.

—Explíquese…

—El mismo se lo dijo. Yo tenía que defenderle. Esta tierra es peligrosa, sobre todo la zona cercana a la reserva. Un hombre como Colman necesita que velen por él.

—Pero usted…

—¿Yo qué?

—Usted me produjo una sensación extraña. Verá… Creo que

había llevado las manos atadas.

—¿Lo dice por las marcas?

—Sí, claro que sí.

—En efecto, me llevaban atado —reconoció él—. No me soltaron hasta alcanzar la zona peligrosa.

—¿Pero por qué?

El hizo una mueca extraña. Cualquier parecido de esa mueca con una sonrisa hubiera sido mera coincidencia.

—¿Sabe dónde me encontró su padre? —preguntó.

—Pues… no.

—Su padre se presentó un día en el penal de Yuma y preguntó quién era el criminal más peligroso de todos los que tenían allí. Al decir «criminal peligroso» se refería a uno de esos pistoleros que donde ponen el ojo ponen la bala, y que además no perdonan nunca. Los guardianes me señalaron a mí.

—¿Usted… estaba en Yuma?

—Es un magnífico lugar. Celebro que una señorita distinguida como usted lo haya oído nombrar alguna vez.

—Yuma… es siniestro.

El se encogió de hombros.

—A todo se acostumbra uno. A la horca funcionando casi cada día. A las celdas donde el sol te tuesta vivo. A las moscas gordas como cardos. A los compañeros de prisión que te matan de una cuchillada trapera por un cigarro. Sí, a todo se acostumbra uno. Yo tuve que estar allí un año. Y tenía para tres años más.

—¿Por qué?

—Digamos que por asesinato. Maté a un hombre y a sus cuatro guardaespaldas.

—¿Fue un asesinato?

—Tal vez si… No lo discuto. Cuando uno degüella a un hombre es un asesinato. Y a aquel tipo lo degollé.

Ella parecía tener una sola pregunta en los labios. Asombrada, volvió a susurrar:

—¿Por qué?

—Cosas mías.

—¿Y a causa de mi padre lo soltaron?

—Si lo acompañaba hasta aquí y lo protegía durante los primeros días, hasta que él se sintiera seguro, me reducirían la

condena a la mitad. Era un buen trato. Claro que si intentaba fugarme me perseguirían hasta el fin del mundo con la orden de tirar a matar.

Sonrió secamente y dijo:

—Ya conoce la historia.

Ella parecía desolada, y no sabía por qué. Con labios trémulos, como si no se atreviera a hablar, murmuró:

—Sentiría haberle ofendido.

—No lo ha hecho. Pero le aconsejaré una cosa.

—¿Cuál?

—Ahora ya me ha dado las gracias. Ha sido muy amable al preocuparse de mí, al fin y al cabo un tipo por quien nadie daría medio dólar. Pero, hecho esto, procure que nadie vuelva a verla hablando conmigo. Podrían juzgarla mal y sería una lástima, ¿comprende? Y ahora, adiós.

Ella le miró extrañada. No acababa de entender muy bien la actitud de aquel hombre.

—¿Adónde va?

—A Tuba City.

—¿Para qué?

El dijo enigmáticamente:

—Cosas mías.

Dio media vuelta para alejarse. Lisa trató de retenerle en el último instante.

—¿Qué le ocurre? De verdad, dígamelo. Tiene una cara muy extraña…

—No me ocurre nada.

Y se alejó.

Momentos después volvía a entrar en la cuadra para salir posteriormente montando el mismo caballo que le había traído hasta allí y que era un corcel sufrido y veloz. Con él se dirigió a Tuba City.

Allí vivía el juez a cuyo cargo estaban los asuntos de la reserva india. Por ejemplo, si en ella era asesinado alguien, era el juez de Tuba City quien debía intervenir. Y Liman quería hablar con él.

Era cierto que le había cambiado la cara. Era cierto que su expresión resultaba distinta.

Habitualmente Liman tenía una caía de esas que resultan poco

tranquilizadoras para cualquier enemigo, pero ahora eso aún se había hecho más notable. Sus ojos parecían dos rendijas. En sus labios se dibujaba una mueca, como si fuese a pronunciar una sentencia de muerte.

Existía algo que Lisa no sabía y que justificaba todo aquello. Poco antes Liman había encontrado por casualidad a un viejo indio que estaba junto a la casa, golpeándose desesperadamente la cabeza contra una pared, como si quisiera quitarse la vida. Liman había tratado de calmarle, lo había conseguirlo en parte y luego había hablado con él.

El viejo indio hopi le explicó todo lo ocurrido. Le dijo que había sido echado del despacho del administrador. Le dijo que pronto iba a existir una complicidad, o por lo menos una tolerancia, entre éste y el poderoso ranchero Forbes.

Por eso Liman iba ahora a Tuba City, al despacho del juez. Y por eso había ahora en su rostro aquella expresión tan extraña, una expresión que era casi satánica.

El juez de Tuba City era un hombre menudo, algo pálido, quien quizá para imitar la costumbre corriente en la ciudad, mascaba tabaco. Tenía un despacho nuevo y confortable, que contrastaba con la miseria de la ciudad. Una mujer joven y bonita se encontraba en el despacho del juez cuando Liman entró. Le estaba sirviendo whisky.

La mujer daba una nota de color y de belleza en aquel ambiente severo. Los ojos de Liman, como un objetivo de aquellas máquinas fotográficas que ya empezaban a emplearse, captaron enseguida la escena.

Se preguntó qué podía haber entre los dos. Y su instinto le dijo enseguida que nada, que el juez era de esos tipos que aman la comodidad y por tanto no se interesan por las mujeres. Ya que las mujeres son muy apetecibles, pero para traer incomodidades y jaleos se pintan solas.

Preguntó a Liman:

—¿Qué quiere?

—Vengo a presentar una denuncia.

—¿Contra quién?

Liman miró a la mujer.

—¿Es imprescindible que ella esté aquí?

—Es de toda confianza —dijo el juez—. Como soy soltero, ella se ocupa de cuidarme. Además las denuncias hay que presentarlas ante un testigo, y por tanto es conveniente que se quede.

La mujer clavó una mirada suspicaz en Liman.

Era morena, hermosa y restallante de vida. Se la adivinaba llena de ardor, de ansia secreta.

—¿Es que te molesto, forastero? —preguntó.

Liman se encogió de hombros.

—Si el juez dice que haces falta, quédate. Yo no tengo ningún inconveniente.

—Vaya… Muchas gracias —murmuró ella, con sarcasmo—. Es un gran favor.

Liman se sentó ante la mesa. Fue directamente al grano.

—Juez —dijo—, vengo a denunciar la matanza de veinte indios hopi. Todo ocurrió en el rancho de Forbes.

Y sin omitir detalle fue explicando todo lo que le había dicho el viejo indio.

El juez le escuchaba sin decir una palabra, con expresión absolutamente impenetrable.

Era imposible saber lo que pensaba en aquellos momentos.

Cuando Liman hubo terminado su relato, se produjo un momento de tenso silencio. El juez parecía meditar sobre la importancia de lo que acababa de oír. Diríase que estaba indeciso, e incluso carraspeó un par de veces antes de hablar:

—Dígame, señor Liman —murmuró—, ¿cómo sabe usted eso si no estuvo presente?

—Me lo ha contado un viejo indio hopi que fue testigo de todo y que está dispuesto a declarar en el juicio.

—Ese indio tenía obligación, ante todo, de declarar ante el administrador de su reserva. ¿Por qué no lo hizo?

—Claro que lo hizo. Pero el señor Forbes llegó en aquel momento e hizo saber que sólo se admitiría la denuncia de un hombre blanco, seguramente pensando que ningún hombre blanco había visto aquello. Por eso la denuncia la hago yo. Yo soy un hombre blanco. ¿O lo duda?

Las manos del juez temblaron un momento sobre la mesa. Diríase que estaba indeciso, incluso asustado.

—Señor Liman, he oído decir algunas cosas acerca de usted —

murmuró—. Creo que tiene antecedentes… digamos poco recomendables.

—Es cierto. Estuve en Yuma.

—¿Sabe que se puede dar poco crédito a la declaración de un presidiario?

—El crédito que mi denuncia merezca lo ha de decidir el jurado, no usted. Usted debe limitarse a admitirla y hacer las averiguaciones que crea convenientes. No crea que en Yuma se pierde siempre el tiempo; también se aprenden algunas cosas acerca de los procedimientos legales. De modo que le corresponde a usted actuar, juez.

Se puso en pie.

Sus facciones seguían siendo impenetrables.

—Es la primera vez que acudo a pedir justicia —murmuró—. Por favor, no me defraude. Confío en la ley.

Y salió del despacho.

El temblor de las manos del juez se hizo más ostensible a partir de aquel momento, cuando ya no tuvo que disimularlo. Estaba lívido.

Miró a la mujer.

—Marian —dijo—, según la denuncia de ese tipo, tu remataste a machetazos a los hopi.

—No eran seres humanos —mascculló ella, mientras los ojos le brillaban de odio—; no eran más que cerdos hambrientos, ratas asquerosas que metían el hocico en todas partes. No me causó ninguna repugnancia matarlos. Además, Forbes me lo mandó.

La lividez del juez se hizo más intensa.

Marian añadió:

—Elena, la propia señora Forbes, también mató a uno de ellos, de modo que está complicada. Usted verá lo que hace, juez.

—Lo primero de todo, será no cursar la denuncia de ese tipo. Espero que sepas agradecérmelo, Marian.

Y sus ojos codiciosos buscaron a la mujer, que se echó hacia atrás un paso.

—El señor Forbes me envía solamente para traerle whisky —dijo —. Quiere tenerle contento y que no le falte la bebida.

—Pero ahora las cosas han cambiado —murmuró el juez, siempre siguiéndola con la mirada codiciosamente—. Tú estás

metida en un lío.

—Con franqueza, no esperaba que un hombre blanco interviniese en esto. Pero la situación se puede arreglar.

—Claro que se puede arreglar… si tú quieres.

La hermosa mujer no dijo que sí ni que no. Solamente miró al juez con insistencia.

—A usted debe preocuparle estar a bien con el señor Forbes —dijo—, lo demás vendrá luego…, tal vez.

Los ojos del hombrecillo brillaron codiciosamente.

—Tú misma avisarás al señor Forbes —dijo con rapidez—. Hazlo cuanto antes, para que ese hombre no tenga tiempo de volver a la casa del administrador. Creo que deberíais matarlo.

—Aún no —opinó Marian—. Existe la posibilidad de que haya hablado con alguien más, y que después de su muerte otra persona renueve la denuncia. Por el momento le daremos una paliza de las que dejan a un hombre sin huesos. Si muere, tanto peor para él. Pero es más inteligente dejarle que viva, de momento, para que si es necesario diga en todas partes que lo de la matanza fue mentira, y que el indio hopi es un impostor. Al indio también habrá que pensar en «tratarle», pero a ése sin tantos reparos. Nadie se preocupa por un indio muerto.

El juez asintió.

—Entonces no pierdas tiempo. Vete…

Alargó la mano antes de que ella se alejara demasiado, con intenciones bien claras. Pero Marian era ágil y supo guardarse de la brusca caricia. No porque le importara, sino porque no quería dar a aquel tipo ventajas demasiado pronto.

El juez rechinó los dientes.

CAPÍTULO IV

Cuando Liman regresaba a la reserva, estaba anocheciendo ya. Sus facciones seguían dibujando una mueca hostil, pero ya se sentía más tranquilo. Había hecho lo único que podía hacer. Lo que hubiera hecho un hombre dispuesto a mostrarse, a pesar de todo, respetuoso con la ley.

Estos pensamientos le ocupaban mientras al trote corto, avanzaba por una hondonada.

La región era cortada, difícil, y apta para toda clase de emboscadas. Pero Liman rió pensaba en eso.

Hubiera hecho bien en pensarlo.

La primera bala llegó sin que se diera cuenta de nada, y penetró directamente en la testuz de su caballo. Éste no pudo ni relinchar. Cayó bruscamente, despidiendo al jinete por encima de las orejas.

Liman dio una vuelta de campana en el aire y cayó sentado. De un modo maquinal llevó la derecha al revólver.

Pero no tuvo tiempo de usarlo. Ni de sacarlo siquiera.

Una bala, ésta también de rifle, se le llevó por delante la funda y el «Colt». Los dedos de Liman quisieron sujetar algo que ya no existía. Con un gesto de estupor, vio a los seis hombres que descendían por los bordes de la hondonada.

No era posible defenderse. No era posible tampoco huir, porque ellos disponían de caballos y él no. Pero Liman tampoco pensaba ofrecerles la espalda.

Con voz tensa masculló:

—¿Qué significa esto?

Ruggles, quien sostenía aún entre sus manos el rifle humeante, dijo con voz burlona:

—Creo saber que has presentado una denuncia contra los seis.

—Ah, de modo que vosotros…

—Sí. Nosotros somos los que estábamos en el rancho de Forbes durante la fiesta. Y vamos a continuarla ahora, muchacho. Nos supo a poco, ¿sabes?

De sus labios brotó una carcajada salvaje, mientras lanzaba su caballo contra Liman.

Éste no lo esperaba. Fue alcanzado por sorpresa y cayó lanzando un gruñido.

Los jinetes rieron.

Otro le puso el caballo encima e hizo que los cascos le pisaran. A Liman le dolieron instantáneamente todos los huesos. Sólo su gran agilidad le permitió ponerse en pie, pero fue para encontrarse con que otro caballo volvía a derribarlo.

Las carcajadas se acentuaron. Aquello sí que era una verdadera «fiesta».

Liman volvió a ponerse en pie. Pero ahora los jinetes habían formado una especie de círculo en torno suyo, y giraban enloquecedoramente. Estaban haciendo igual que los indios cuando atacan una posición sitiada, en torno de la cual dan vueltas y más vueltas. Pero ahora giraban a muy corta distancia de Liman, la suficiente para golpearle con sus fustas. Los golpes llovían tan copiosamente sobre la cabeza del joven que éste tuvo que cubrírsela con los brazos. Inmediatamente las mangas de la camisa fueron desgarradas y de la piel brotó la sangre.

Las carcajadas arreciaban.

Los golpes también.

Liman recibió varios de ellos en la nuca, ya que no podía cubrirse por todas partes, y el mundo entero empezó a dar vueltas en torno suyo. Sus rodillas vacilaron.

Ruggles gritó:

—¡Ya está maduro! ¡Muy bien! ¡Ahora con los puños!

Fue él quien primero saltó de su corcel. Se acercó a Liman y le lanzó un gancho.

De pronto sus facciones cambiaron.

El gancho había sido bloqueado en el aire. No esperaba aquello.

Menos esperaba aún lo que sucedió un segundo después. El gancho lo recibió él. Fue tan terrible que uno de los dientes interiores saltó y se le clavó en el paladar. Ruggles emitió una

especie de rugido mientras de su boca surgía la sangre.

Sus compañeros estaban asombrados.

Ninguno de ellos acertó a reaccionar en el primer momento. Y eso resultó terrible para un par de ellos, porque el que reaccionó fue Liman.

Sus puños se dispararon a la vez. El que estaba más cerca recibió dos impactos que le dejaron sordo. Giró sobre sí mismo y cayó pesadamente.

Otro intentó atacar de cara… para encontrarse con que Liman pegaba como una especie de máquina loca. El golpe le hizo bailotear la mandíbula. Poniendo los ojos en blanco, también cayó hacia atrás.

No habían esperado encontrarse con un enemigo así. No lo hubieran imaginado nunca.

Otro, más astuto, se situó en aquel momento a espaldas de Liman. Con las dos manos enlazadas le golpeó la nuca.

Liman vaciló. Un segundo golpe hizo que bandease de costado, a punto de caer.

—¡Ya está! ¡A por él!

«Ya está»… Bueno, eso creían. Los dos primeros que se lanzaron contra Liman parecieron volar por los aires. Los chasquidos de sus huesos llenaron la penumbra.

Pero los otros le sujetaron. Liman ya no pudo revolverse contra tantos enemigos. Los golpes empezaron a llover sobre él, y ahora venían de todas partes.

No gimió. No pidió piedad tampoco.

Era como un león acorralado que lucha por su vida. Castigado, vapuleado, hundido, lanzaba aún zarpazos que escocían hasta lo más hondo cada vez que encontraba carne. Dos hombres fueron derribados aún. Pero el rostro de Liman era ya una máscara sangrienta.

No veía.

Estaba ya sumido en una especie de mundo donde sólo imperaban la sangre y la niebla. Su cerebro terriblemente castigado no le enviaba ningún sonido, casi ninguna sensación. Era como una especie de muerto que por una especie de milagro aún se mantuviera en pie. Pero el castigo continuaba, continuaba… ¡continuaba!

Cuando Liman cayó del todo, aún siguieron castigándole con los pies. No se detuvieron hasta tener la sensación de que ya no respiraba.

—Está muerto…

—Mejor.

—El jefe nos dijo que solamente le diéramos una paliza de las que marcan para toda la vida.

—En una paliza de esa clase se puede morir. Es un accidente, ¿no? Pues en paz. Vamos a dejarlo. Por la noche las alimañas darán buena cuenta de él.

Todos se alejaron. Aún estaban mareados después de los golpes recibidos. En sus ojos coléricos brillaba una oscura expresión de muerte.

Liman estuvo más de media hora sin moverse, como si en efecto hubiese llegado el fin.

Luego se desperezó un poco, aunque no podía ni tender los brazos. Fue en ese momento cuando hacia la hondonada, antes de cerrar del todo la noche, descendió una mujer.

CAPÍTULO V

En el rostro ensangrentado de Liman hubo un gesto de sorpresa al reconocerla. No era Lisa, de la que aún hubiera sido lógico esperar ayuda, sino la que estaba con el juez cuando él hizo la denuncia. La que sin duda había avisado a aquellos seis granujas.

Y ahora, sin embargo, parecía querer salvarle. Le estaba derramando sobre la cara el contenido de una cantimplora. Le lavaba las heridas que llenaban su rostro.

Marian susurró:

—Lo he visto todo. Creí que ibas a suplicar, a gemir… Pero eres un hombre de verdad. Por un momento he pensado que los ibas a aplastar a los seis. Y hasta lo he deseado.

—Pero tú… tú estás con Forbes.

—Sí.

—¿Por qué… haces esto?

—Ya te lo he dicho. Porque yo no desprecio nunca a un verdadero hombre. ¿Cómo te sientes ahora?

—Mejor, pero…

—No puedes andar, ¿verdad?

—Lo que no podré es tenerme en pie… Tengo la sensación de que no voy a conseguir moverme… en toda mi vida.

Cada vez que hablaba, a Liman le parecía como si se le movieran todos los huesos de la cabeza. Estuvo a punto de perder el conocimiento otra vez.

Marian susurró:

—Yo he venido en un caballo. Puedo dejártelo.

—¿Por qué… me ayudas?

—Ya te lo he dicho. No vuelvo nunca la espalda a un hombre que valga la pena.

—Yo no valgo la pena. Estoy para… el arrastre.

Logró ponerse trabajosamente en pie. Al principio se tambaleó, pero ella le sostuvo.

A poca distancia había un caballo.

Liman montó en él haciendo un gran esfuerzo.

—Podrás llegar hasta el edificio donde vive el administrador de la reserva —murmuró ella—. Una vez allí, tú verás lo que haces.

Liman fue a contestar algo.

Pero cuando paseó la mirada en torno suyo, ya no vio a la mujer. Había perdido la noción del tiempo. Creyó que sólo acababan de transcurrir un par de segundos y habían transcurrido en realidad más de dos minutos.

Sujetándose al pomo de la silla y haciendo esfuerzos desesperados para no caer, se dirigió hacia la parte central de la reserva, de la cual estaba a no ya mucha distancia. Conforme avanzaba, su sensación de debilidad iba aumentando en lugar de disminuir.

Ya a la vista de la casa, le pareció distinguir a una mujer que avanzaba hacia él. Una mujer que parecía haberle estado esperando.

Liman no la reconoció. Era incapaz de reconocer a nadie con sus ojos cerrados por los golpes. De pronto todos los objetos se hicieron inconcretos, difusos. La tierra entera empezó a girar.

Detuvo el caballo y resbaló de la silla hasta el suelo, mientras Lisa, que había acudido al verle, lanzaba un sordo gemido.

Aquella sensación de irrealidad, de no saber lo que ocurría, duró dos días para Liman.

Fue después del segundo día cuando se dio cuenta de que estaba en una choza cercana a la residencia del administrador, y que en otro tiempo debió servir para almacenar herramientas. Un pequeño catre con una colchoneta servía para que él pudiera mantener la posición horizontal. La luz entraba por un ventanuco, y Liman notó que la sensación de dolor que le hizo perder el conocimiento, había disminuido mucho.

Tenía el pecho vendado. También le habían aplicado unos vendajes en parte de la cara.

Una sombra pareció proyectarse sobre él.

Liman le dirigió una mirada insegura. Tardó en reconocer al

viejo indio hopi.

Éste se sentó en el suelo, en cuclillas, junto a la cabecera del lecho.

—Bueno —murmuró—. Parece que los espíritus han sido benevolentes contigo.

—¿Cuánto tiempo… ha pasado?

—Dos días.

—¿Quién me recogió?

—La que te vio llegar fue Lisa, la hija de Colman. Pesas demasiado para que ella pudiera arrastrarte y no sabía qué hacer. Entonces aparecí yo. De común acuerdo te trajimos a esta choza, sin decir nada a nadie.

—¿Quién me ha cuidado?

—Yo mismo —explicó el indio hopi—. Entiendo un poco de estas cosas. Debajo de los vendajes llevas unas hierbas cuyo jugo ayuda a cicatrizar las heridas y a desinflamar los golpes. Has mejorado mucho en dos días; has mejorado de una forma casi increíble. Por fortuna tienes huesos de acero y no lograron romperte ninguno.

El indio añadió con pesar:

—Todo esto ha sido por culpa mía.

—Lo peor —murmuró Liman haciendo un esfuerzo— es que no se ha conseguido nada. Sólo poner en guardia a esos hijos de… de…

—No te excites. Era de esperar que ocurriera una cusa así. Mejor olvidarlo todo.

—¿Olvidar?

—Parece terrible, pero cuando las cosas no tienen remedio, hay que cerrar los ojos.

Los dientes de Liman rechinaron.

—Los ojos sólo se les cierran a los muertos —dijo.

—¿No pretenderás…?

—Lo que pretendo es cosa mía.

El hopi suspiró con desaliento.

—El destino de los hombres está escrito en las estrellas y nada lo puede modificar —murmuró—, de modo que si tienes que morir a manos de los hombres de Forbes morirás de todos modos. Pero yo no ayudaré a eso. Yo, sabiéndolo, no te dejaré salir de aquí. Mira… —Mostró sus manos, donde había unas monedas—. Entre los

hombres de mi tribu hemos reunido una pequeña suma. No es gran cosa, pero te ayudará a salir de aquí. Podrás tomar una diligencia que parte de Tuba City.

Liman denegó con la cabeza.

—Ese dinero lo necesito para otra cosa.

—¿Para qué?

—Compra con él un revólver y tráemelo.

—No, no lo haré.

Liman se pasó lentamente una mano por los párpados, que aún estaban hinchados.

—Está bien —dijo—. En ese caso, habré de conseguirlo solo…

De entre los hombres que formaban el grupo de Ruggles había uno llamado Muller que era quizá el que pegaba más fuerte. Se había hartado de darle gusto a los puños el anochecer en que vapulearon a Liman. Y señal de que lo hicieron bien era el hecho de que aquel intruso no había vuelto a levantar cabeza.

Ahora bostezó al salir de aquella casa de Tuba City.

Había de reconocer que la vida allí era muy aburrida. Tuba City proporcionaba muy pocos placeres a un hombre como él, joven y ansioso de vivir.

Pero todo tiene arreglo en este mundo, y Muller había encontrado una solución. En aquella casa siempre era bien recibido. Tenía licor abundante y compañía agradable. Mientras estaba allí, llegaba a olvidarse de la cochina ciudad cerca de la cual vivía.

Iba casi todas las tardes después de la comida en el rancho de Forbes, y salía al ponerse el sol.

Esta vez se había demorado demasiado.

La oscuridad ya empezaba a cubrir las calles polvorientas. No se veía apenas a nadie.

Volvió a bostezar.

«En cuanto tenga un poco de dinero me largo a San Francisco —pensó—. He de ir ahorrando».

Dobló la esquina de una calleja formada por casas de adobes y porches de madera carcomida, y se puso un cigarro entre los labios.

Apoyó una mano en la columna del porche y la retiró. Hasta por allí pasaban las hormigas. Las termitas lo estaban devorando, lo estaban destruyendo todo. Tuba City era una ciudad que se caía a pedazos. Muller hizo un gesto de asco.

Fue a encender el cigarro.

Y en ese momento una voz dijo junto a él:

—¿Fuego?

Muller alzó la cabeza, como si acabara de adivinar la presencia de un fantasma. Sus ojos se desencajaron al ver al hombre que tenía ante él. Aunque en su cara se apreciaban numerosos rasguños, no cabía duda de que aquel tipo era Liman. Su cuerpo también parecía intacto, porque no se veían los vendajes que aún lo cubrían en parte. Lo más notable era que no llevaba armas. Es decir, llevaba cinto canana, pero no se veía revólver en la funda.

Muller dominó su primer gesto de instintivo asombro.

Fue a llevar la derecha al «Colt», pero una especie de garfio de acero se cerró en torno a su muñeca.

—Poco a poco, amigo.

Intentó mover el puño izquierdo. Fue a golpear.

Un corto al estómago le obligó a encogerse. Recibió entonces un terrible rodillazo al bajo vientre.

Liman parecía decidido a emplear todo clase de golpes, aunque no fueran enteramente nobles. Vio a su enemigo crisparse de dolor. Entonces dio un golpe a la funda, haciendo saltar el revólver.

Muller aún no había podido salir de su sorpresa.

Todo estaba sucediendo tan rápidamente que era incapaz de reaccionar. Se limitó a gemir sordamente.

Un momento después dos ganchos le habían alcanzado en plena cara. Cayó pesadamente al suelo.

Lo peor era que no tenía arma. Su enemigo tampoco, cierto, pero era como si las tuviese. Porque aquellos puños implacables eran como mazas de hierro.

Liman masculló:

—Si ahora me estuvieras apuntando con un revólver, ¿qué dirías?

—Que te quitaras el cinto canana…

—Pues eso es justamente lo que voy a hacer, muchacho. Ya ves que quiero complacerte.

Muller no entendía qué era lo que estaba pretendiendo aquella especie de demonio.

Pero lo entendió al recibir el nuevo golpe. Tendido como estaba en el suelo, y además dominado por la sorpresa, no pudo evitarlo.

El cinto canana, relleno de plomo, era como un morillero látigo de siete colas. El primer golpe ya le destrozó el pabellón nasal. Cegado por las lágrimas, Muller no pudo defenderse a tiempo ni supo evitar dos terribles golpes más.

Pero era un hombre joven y fuerte. Se dio cuenta de que su muerte iba a ser terrible. Trató de luchar para defender su piel.

Saltó hacia los tobillos de Liman, para derribarle, pero éste le rechazó de un puntapié.

Luego intentó enderezarse, recobrar la vertical. Como un ciego, trató de abrazarse a su enemigo.

No pudo.

Un gancho propinado con la izquierda le hizo caer de nuevo. Giró sobre sí mismo, se tambaleó y cayó sobre la baranda del porche, con el rostro lleno de sangre. La baranda carcomida no pudo resistir su peso. Muller fue rodando hasta el centro de la calle, mientras sus heridas se llenaban de polvo pegajoso.

Liman avanzó hacia él.

Docenas de personas contemplaban ahora aquello, pero nadie se atrevía a intervenir. Estaban aterrorizados.

El cinto canana volvió a moverse.

Los golpes en corto llovieron sobre Muller, que lanzaba terribles alaridos. Liman no tuvo compasión. Siguió golpeando hasta que el otro dejó de moverse.

Acababa de matarlo.

Un silencio espantoso se había hecho en la calle. Todos miraban a Liman como si éste fuera un loco y quizá en realidad lo era. ¡Dios santo! ¡Atreverse a matar así a uno de los pistoleros del señor Forbes!

La mayoría de los espectadores eran indios, cuya apatía natural resultaba bien notoria. Liman tuvo que despabilarlos.

—¿Dónde está el caballo de este hombre?

—Aquí…, señor…

—¡Cargad su cadáver!

Varios hombres se apresuraron a hacerlo. El cuerpo de Muller, o lo que quedaba de él, fue doblado sobre la silla. Liman se ciñó de nuevo el cinto canana, pero poniendo ahora en la funda el «Colt» arrebatado al muerto.

No había mentido al indio hopi al decirle que se procuraría un

arma.

Fue luego en busca del caballo que le había traído hasta allí, proporcionado por el propio indio a través de Lisa, quien lo había sacado de las cuadras. Lo montó y se llevó también el de Muller, tirando de sus riendas.

Todo el mundo seguía mirándole en silencio.

Les parecía inconcebible lo que acababa de suceder.

Pero aún fue más inconcebible lo que Liman hizo a continuación: dirigirse hacia el rancho de Forbes.

Bajo el arco de entrada, dejó tendido el cadáver de Muller. Luego volvió grupas y se alejó lentamente.

Capítulo VI

Colman estalló de rabia.

—¡Es inaudito! —bramó—. ¡Ese maldito pistolero, ese hijo de las mazmorras de Yuma! ¡Tú me dijiste que no aparecía por aquí a causa de que le habías enviado a comprar unas cosas! —Miró a su hija con ojos congestionados—. ¡Y ahora resulta que mata salvajemente a uno de los hombres de Forbes! ¡Es un asesino y además un asesino loco! ¡Hay que matarle como a un perro…!

Lisa estaba pálida.

No sólo le aterrorizaba lo sucedido —pues acababa de conocer la trágica muerte de Muller— sino que temía la reacción de su padre. Sabía que éste ordenaría que buscaran a Liman y tiraran a matar.

Liman no sólo tenía que temer, pues, a los pistoleros de Forbes. También los representantes de la ley le buscarían para exterminarle como a una fiera.

Su padre dio un puñetazo a la mesa.

—He de pedir refuerzos —murmuró—. He de hacer venir hombres para que lo maten. Lo malo es que…

Lisa no contestó nada. Sabía lo que su padre iba a decir.

—Lo malo es que la más próxima estación telegráfica está en Tuba City. Hay que ir allí.

—Yo pondré el telegrama —susurró Lisa.

—¿Tú?

—Odio a este hombre. Me engañó. Electivamente le había ordenado comprar unas cosas, creyendo que era de confianza. Y se ha quedado, además, con el dinero.

—Es una hiena —recapituló Colman—. No debí confiar jamás en un presidiario.

—Redacta el telegrama. No perdamos tiempo. Yo lo cursaré.

—¿Tendrás cuidado cuando estés en Tuba City?

—Sé cuidarme sola.

Colman pergeñó unas líneas en un pedazo de papel y lo tendió a su hija.

—No pierdas tiempo. ¿Te acompaña alguien?

—No hace falta. Tuba está a poca distancia.

La muchacha salió y una vez en las cuadras se hizo ensillar un caballo. Una vez lo hubo montado y cuando estuvo a cierta distancia, hizo un pequeño tubito con el papel, como si fuera un cigarrillo. Descendió del caballo, lo rellenó con unas pequeñas briznas de ramitas secas y lo encendió, manteniéndolo en la boca como si lo fumase. En su rostro se dibujaba una mueca burlona que era al mismo tiempo una mueca de visible placer.

Así la sorprendió Larry, uno de los ayudantes de su padre.

—Pero ¿qué hace, señorita Lisa? —preguntó con asombro—. ¿Fuma…?

Ella miró lo poco que quedaba ya del pedazo de papel donde se contenían las líneas de aquel telegrama que no llegaría nunca.

—Soy una chica moderna. No le extrañe, amigo. Dentro de unos años las chicas llevarán pantalones y fumarán como leones…

Forbes había decidido no bajar desde su rancho a Tuba City, porque suponía que allí había peligro. Pero su esposa, Elena, le dijo que necesitaba comprar unas cuantas cosas.

En Tuba City, desde luego, había muy poco surtido de mercancías para las necesidades y los gustos de una mujer bonita.

Pero no se podía elegir. El inconveniente de la reserva era ése, no poder ir a ninguna parte. Al menos en Tuba City encontraría algo de lo que necesitaba.

Forbes no sabía negarle nada. De modo que fueron a la ciudad en uno de sus elegantes calesines.

Tres pistoleros les escoltaban.

El lamoso grupo de seis —los llamados «seis implacables»— que habían hecho de Forbes el hombre más temido de la comarca, eran ahora solamente cinco. Pero continuaban constituyendo una fuerza muy temible para un pistolero solitario, que nadie sabía exactamente dónde se encontraba y de quién recibía ayuda.

La respuesta era sencilla: los indios hopis se encargaban de proporcionarle alimentos, como en caso necesario se encargarían de

proporcionarle balas. Pero esa respuesta no la conocía Forbes.

Dejó a dos de sus hombres en la entrada de la ciudad.

—Tú —dijo a uno de ellos— quédate aquí y vigila. Tú —señaló a otro—, ve al otro extremo de la calle y vigila también. Quiero que nadie entre sin que yo me entere.

—De acuerdo, patrón.

—¡No se preocupe! Todo estará en orden.

El tercer pistolero les acompañó a ambos, escoltando el calesín, hasta detenerse en el único almacén que había en la ciudad. Un almacén con dos secciones, una general y otra privada, donde se atendía a los clientes distinguidos.

El dueño se deshizo en atenciones. Bailoteaba en torno suyo como un saltimbanqui.

—¡Qué honor, señores! Tengan la bondad de pasar. Precisamente acabo de recibir desde Los Ángeles unos perfumes ideales para la señora. Llegan en un momento muy oportuno. Por favor, siéntense.

Forbes hizo un gesto de hastío. Paseó su mirada por las paredes carcomidas, que las temibles hormigas blancas ya empezaban a devorar.

—Los Ángeles… —murmuró—. Bonita ciudad que aún no conozco. Apenas hayan sido marcadas las reses nos iremos a pasar una temporada allí, Elena.

Ella asintió con una sonrisa.

Era la sonrisa un poco crispada de la mujer que lo tiene todo, pero que sin embargo vive permanentemente insatisfecha.

—Me gusta esa capa de pieles —dijo, señalando una que estaba en la única vitrina.

—Es un hallazgo —dijo el dueño—. Me la han enviado desde el otro extremo del país, desde la frontera del Canadá. La compré pensando en usted, porque sólo usted puede pagarla.

—Me la probaré.

—Con mucho gusto, señora.

Ella se puso en pie y permitió que le pusieran la capa sobre los hombros.

El espejo ante el cual estaba realzaba su figura esbelta, de juveniles y poderosas curvas, que causaban la admiración de los hombres.

Aquella capa le sentaba muy bien. En sus labios se dibujó una leve sonrisa de complacencia.

—Me queda muy bi… —empezó a decir ella.

No llegó a terminar la palabra «bien».

De pronto, el espejo saltó hecho pedazos. Una bala disparada desde la entrada del almacén lo había destrozado.

Todos se volvieron en aquella dirección.

Estaban pálidos como muertos. Y su palidez aumentó aún más si cabe, al oír el sonido lento y chirriante de las espuelas que se iban aproximando hacia el interior del almacén.

No podían creerlo.

Ni siquiera cuando vieron la alta y corpulenta figura de Liman les pareció aquello una cosa real.

Forbes murmuró:

—Rifer…

Rifer era su pistolero. Lo tenía allí para eso, lo tenía allí para que matase en su nombre.

Rifer llevó espasmódicamente la mano hacia el revólver. Su enemigo no había «sacado» aún.

Pero no fue lo bastante rápido.

Rifer tiraba muy bien, sin embargo su rival había aprendido la técnica de manos de los peores asesinos de Yuma.

Se oyó un solo disparo, justo cuando Rifer estaba consiguiendo desenfundar el «Colt».

El pistolero de Forbes cayó hacia atrás, con la mandíbula atravesada, el balazo era mortal de necesidad. Intentó sujetarse al aire y terminó derrumbándose sobre los restos del espejo. Con el choque terminó de hacer añicos lo que quedaba.

Forbes no podía ni respirar.

Sabía que era incapaz no ya de vencer a su enemigo, sino siquiera de asustarle. Cuando él hubiera puesto su revólver en línea de tiro, el otro ya habría tenido tiempo de vaciar el cilindro y de recargarlo seis veces.

Su mujer tenía los ojos muy brillantes. Palpitaba en ellos la admiración, pero Forbes no lo notó. No imaginó siquiera que lo que pensaba Elena era muy distinto de lo que pensaba él.

Forbes tragó saliva espasmódicamente. Y al fin pudo hablar:

—¿Qué va a hacer? ¿Va a matarme?

—¿Tan fácil es hacerlo?

—No tiene más que disparar.

El rostro de Liman era una máscara impasible. Forbes no supo si pensaba liquidarle o si, por el contrario, sólo se estaba burlando de él.

—Usted tiene otros dos pistoleros aquí —dijo Liman—. Uno al norte y otro al sur de la población.

—Pero los malditos no deben haber oído ni los disparos.

—Me gustaría que viniesen —la voz de Liman era chirriante—. Así me darían facilidades para acabar con los dos al mismo tiempo. No sabe lo pesado que es tener que ir buscando las víctimas una a una.

Forbes estaba helado.

—Se ha puesto en contra de la ley —dijo nerviosamente—. Se ha convertido en un asesino y le juro que…

—¿Qué? ¿Qué va a jurarme, Forbes? ¿Qué me matará? Vamos… ¿Por qué no lo hace?

Las mandíbulas de Forbes se pusieron a temblar. Estaba haciendo el ridículo. Oía el castañeteo de sus propios dientes.

—Liman… —murmuró—. Usted está loco…

—Si estoy loco y represento un peligro, ¿por qué no me mata? ¿A qué cuerno espera?

—Usted quiere que saque el revólver. Pretende así transformar un asesinato en un duelo legal.

Liman rió.

Su risa fue chirriante, desagradable. Parecía el sonido producido por el eje de un carro mal engrasado.

—Lo que pretendo es decirle lo que le espera, Forbes. A usted le quedan ahora cuatro pistoleros; le juro que los verá morir a los cuatro. Y luego le llegará el turno a usted.

Forbes le dirigió una mirada extraviada.

—¿Trata… de torturarme?

—Trato de que sienta la muerte acercarse paso a paso, de que note que se aproxima su última hora, Forbes. Y no trate de contratar a más hombres, porque será inútil. Nadie quiere enfrentarse a un asesino que ha salido de Yuma. Los cuatro que le quedan resistirán pocos días, Forbes. Sentirá llegar la muerte mucho antes de lo que espera.

Dejó de mantener la mano a la altura del revólver. Dio la sensación de que se distraía.

Forbes creyó que había llegado su oportunidad. Hizo un gesto rabioso, llevando la derecha a la funda pistolera.

La bala no sólo se le llevó el «Colt», sino también un dedo. El ranchero gimió de dolor.

Liman emitió una risita silenciosa.

—Aún le quedan cuatro dedos, Forbes. Aún puede intentar matarme… otro día.

Y se alejó tranquilamente, volviéndole ahora del todo la espalda.

La primera reacción que tuvo Forbes al volver a su rancho, horas después, fue beberse media botella de whisky. De verdad, la necesitaba. Su segunda reacción que no llevó a cabo, fue despedir y hacer romper los huesos de las manos a los dos pistoleros a quienes había apostado en los extremos de la calle principal, y quienes no le habían ayudado para nada. La excusa de los pistoleros fue que ellos no oyeron ningún disparo. Pero semejante razón era más que discutible. Forbes estaba persuadido de que los oyeron y no quisieron intervenir para no jugarse la piel.

Eso era lo peor. El miedo empezaba ya a anidar entre sus propios hombres.

Resolvió, después de pensarlo, no despedir ni castigar a aquellos pistoleros. Simplemente los avergonzó y luego les prometió una elevada suma para cuando mataran a Liman. En este momento necesitaba de todos sus efectivos para hacer frente a aquel terrible pistolero.

Durante dos días más nada sucedió.

El juez, fiel a las órdenes de Forbes, había dictado contra Liman una orden de detención por asesinato. Lo difícil era que alguien la hiciese efectiva, es decir que alguien se atreviera a «detener» a un tipo como Liman. En cuanto a Colman, estaba asombrado por el hecho de no haber recibido respuesta a su telegrama, ignorando que éste no había sido enviado jamás.

Pero, en fin, parecía haber renacido una relativa calma.

De Liman no se tenía la menor noticia. En el rancho de Forbes se llegó a comentar que quizá se había largado bien lejos.

Tremendo error.

Nunca Liman había estado tan cerca.

En la parte superior del carro cargado con pacas de paja que aquel anochecer pasó ante el edificio del rancho, iba un hombre. Ese hombre saltó ágilmente al tejado de la cuadra cuando pasaron casi rozándolo. Luego se estuvo quieto hasta cerrar la noche.

Nadie le había visto.

Liman, que ya llevaba un revólver y un cuchillo, se movió con el sigilo de una sombra.

Cuando todo estuvo en calma, después de la cena, saltó desde el tejado de la cuadra hasta el tejado principal del edificio. Luego se deslizó hasta llegar a una de las ventanas del piso superior.

Nadie podía imaginar que llegara a tener aquella audacia. Que llegase a meterse en la misma boca del lobo.

Abrió la ventana sigilosamente y se introdujo en la casa. Vio que estaba ahora en un pasillo al cual se abrían varias puertas. En aquel pasillo, por las referencias que había podido obtener acerca de la distribución interior del rancho, tenían sus dormitorios los hombres encargados de proteger a Forbes.

Ahora tenían que ser solamente cuatro. Resultaba dudoso que hubiera podido contratar a alguien más.

Abrió sigilosamente la primera puerta.

En aquella habitación no había nadie. Debía corresponder a uno de los que ya no dormían allí, sino en el fondo de su tumba.

Abrió entonces la segunda de las puertas.

Un tipo estaba de espaldas, sentado ante una mesa. Afilaba un largo cuchillo. Liman lo reconoció vagamente, mientras dejaba descansar los brazos a lo largo del cuerpo. Aquel tipo, si no estaba muy equivocado, se llamaba Philip.

Era uno de los que habían participado en la matanza. Y era uno de los que tenían que morir.

Liman hizo:

—¡Ejem!

El otro se volvió, como si le moviera un resorte. De repente quedó petrificado. Sus facciones se cubrieron de una palidez cerúlea.

—Tú…

—¿Sorprendido? —preguntó Liman, sonriendo.

Philip fue a decir algo, pero no pudo. Las palabras se negaban a salir de su boca.

—Pudiste haberte enfrentado a mí hace un par de días —murmuró Liman—. Tú estabas guardando un extremo de la calle, y yo no me encontraba demasiado lejos. ¿Por qué no apareciste?

—Yo no…, no sabía…

—Pero supongo que estás ardiendo en deseos de matarme. Todos sabemos que eres un bravo.

—Yo…

—Te han ofrecido una bonita recompensa si entregas mi cabeza. Vamos, ¿por qué no te la ganas?

Philip tenía el cuchillo en las manos. En cambio, su enemigo parecía desarmado.

En actitud tranquila, relajada, diríase que era una presa fácil para cualquier hombre listo.

Las facciones del pistolero se tensaron. De repente decidió probar fortuna.

El listo era él.

Fue a lanzar el cuchillo, pero el fulgurante movimiento de Liman pareció dejarle ciego.

La mano derecha, que hasta entonces había estado tan quieta, voló al encuentro del cuello del propio Liman. Allí, junto a la nuca, sobresaliendo un poco de la camisa, estaba el mango del cuchillo. Liman no necesitó más que tirar de él; el arma ya salió en posición ideal para ser lanzada.

Philip ahogó un grito.

Cuando él aún estaba tratando de dar impulso a su hoja de acero, la lanzada por Liman ya volaba hacia su cuerpo. De repente se encogió. Sintió el frío de la muerte penetrar hasta el fondo de sus mismos huesos.

La hoja se había clavado en el centro de su corazón. Con las dos manos crispadas, trató de arrancársela. Pero ya no tuvo fuerza.

Como un fardo resbalo de la silla en que estaba sentado y cayó a tierra. Allí quedó quieto, con una mirada de asombro todavía perdida en sus ojos muertos.

Liman susurró:

—Tres…

La cuenta fatídica se iba completando. Y aquel pistolero le había dado poco trabajo, ésa era la verdad. No armó ningún escándalo. Ni siquiera llegó a gritar.

Era imposible que se hubiera producido la menor alarma en aquella parte del rancho.

Y por eso Liman quedó doblemente sorprendido cuando se produjo aquella corriente de aire a su espalda, señal evidente de que se había abierto la puerta. Y cuando aquel cañón de revólver se clavó en su espalda.

CAPÍTULO VII

Una voz pastosa que no había oído nunca dijo suavemente:

—Lo has hecho muy bien, cariño.

El revólver desapareció de la funda de Liman, cuando una mano tiró de la culata por detrás.

La voz volvió a decir:

—Vuélvete, amor.

A aquella mujer Liman no la había oído nunca, pero en cambio la había visto. La reconoció al instante. Era Elena, la esposa de Forbes.

Liman murmuró:

—¿No te molesta que deje a tu marido sin pistoleros?

—Todos esos tipos eran unos cerdos. Me estorbaban.

—Quizá alguno de ellos no te parecía tan cerdo… —murmuró Liman mirándola fijamente a los ojos—. Si estás aquí es porque venías a ver a alguno. En esta parte de la casa solamente viven los asesinos de tu marido.

Ella no se inmutó, pese a la acusación. Aquellas cosas, que hubieran avergonzado a cualquier otra, no tenían la menor importancia para la orgullosa señora Forbes. Dirigió a Liman una sonrisa que era como una mueca felina.

—¿Quién es tu amiguito? —murmuró él—. Este respetable difunto a quien tenemos aquí tumbado, no lo era, seguro. ¿Quizá Ruggles?

Él leve parpadeo de la hermosa mujer le indicó que acababa de acertar de lleno.

—¿Está ahora Ruggles aquí? —siguió preguntando.

—¿Es que quieres matarlo también?

—Tendré un gran honor en enviarle al infierno. No sueño en

otra cosa desde hace tiempo.

Ella se apoyó levemente en la pared. Seguía apuntándole con el revólver, pero estaba ya bien claro entre los dos que aquello no constituía una amenaza. Elena Forbes pensaba en otra cosa. Pensaba en la cara, en los músculos de Liman.

—Lo siento —dijo—. Pero Ruggles no está en su habitación. Me he llevado un buen desengaño, pero en cambio… estás tú.

Las dos últimas palabras dejaron sin respiración a Liman. Captaba en su piel la mirada turbia de la mujer. Se daba cuenta de que toda ella vibraba de una ansiedad secreta.

No contestó.

La voz pastosa de Elena volvió a oírse en la habitación. Sus palabras no tuvieron en cuenta para nada que a menos de dos pasos de distancia había un muerto.

—Ruggles no puede compararse contigo —dijo—. El es… Bueno, él es un cualquiera. Desde el momento en que te vi en el almacén, cuando mataste a aquel imbécil, comprendí que terminaría habiendo algo entre los dos. Tú eres de esos hombres que enseguida entran en la sangre de una mujer. Vamos… ¿a qué esperas para abrazarme?

En los labios de Liman se dibujó durante unos segundos, tan sólo, una imperceptible sonrisa.

—No espero nada —dijo—. No te abrazaré.

—¿Por qué?

—Porque me das asco.

Las palabras fueron como un latigazo en el rostro de la mujer. Se estremeció. Sus labios, antes entreabiertos con dulzura, se crisparon en una mueca de furia.

—¿Te doy asco? —dijo sordamente—. ¿Te has fijado bien en mí? Soy la mujer más bonita que hay en el sui de Arizona y también soy una mujer muy especial, una mujer llena de ansias de vivir. Mi sangre quema.

—No me he fijado en tu cuerpo —murmuró Liman—, sino que estoy pensando en lo que hay dentro de él. Debajo de tu piel blanca no hay más que un corazón negro. Cualquier zurra es más digna que tú. No eres más que una maldita arpía.

Cada palabra del hombre era como un latigazo en el hermoso rostro de Elena.

No estaba acostumbrada a que se la tratara así. Sobre todo por parte de los hombres, que siempre caían a sus pies. Rechinó los dientes con un gesto de furia.

—Has olvidado que tengo un revólver —dijo.

—No lo he olvidado. Pero no tengo el menor temor a tu revólver. Más bien temo que me mates de otra manera.

—¿De qué manera?

—De una picadura, como las serpientes.

Aquel insulto fue el que colmó la furia de la mujer. Sus facciones se desencajaron. Hizo un gesto de rabia en el momento de apretar el gatillo.

Liman la observaba con atención. Sabía que aquel momento fatal se produciría tarde o temprano, y todos sus músculos estaban listos para la acción. Adivinó el instante exacto en que la bala iba a brotar al aire.

Su mano izquierda se había movido con fulminante rapidez. Sólo su mano izquierda, pues el resto del cuerpo se mantuvo quieto.

Algo muy duro chocó con la muñeca derecha de la tigresa. El revólver se desvió. La bala que iba destinada a Liman se empotró en la pared del fondo de la habitación.

Los dientes de Elena volvieron a rechinar. Intentó disparar de nuevo.

No pudo.

Ya su muñeca derecha había sido retorcida, teniendo que soltar el arma.

Pero, mientras tanto, el estruendo ya había sonado en toda la casa.

Había bastantes hombres vigilando en ella, porque esperaban un ataque de Liman. Varios de ellos corrieron presurosamente hacia el lugar donde acababa de sonar la detonación.

Liman sujetaba a la mujer.

La estrechó en sus brazos.

Bruscamente la besó. No fue un beso de amor, sino de odio. Lo hizo para humillarla, para demostrarle que jugaba con ella.

Los ojos de la mujer brillaron de nuevo.

Se olvidó del odio, se olvidó de todo.

Liman la soltó bruscamente.

Había recuperado ya su revólver, que antes ella dejó caer al

suelo. El pequeño «Colt» que la mujer había empleado para disparar lo remetió entre su camisa y su pantalón. Lo único que no recuperó lúe el cuchillo. Quedó clavado como recuerdo en el corazón del pistolero al que acababa, de matar.

Ella masculló:

—¡Te mataré, perro!

Liman no se entretuvo escuchándola. Sabía que las mujeres siempre tienen ganas de matarle a uno, sea a besos sea a cuchilladas. De modo que, para no oír nada nuevo, mejor era largarse.

Trepó hacia el tejado.

Todo el rancho se había puesto en movimiento. Grupos de hombres corrían alocadamente de un lado a otro.

Claro que no todos eran pistoleros. Forbes tenía a su servicio, como cualquier otro ranchero, hombres que solamente eran vaqueros, tipos que nunca habían matado ni matarían a nadie.

Liman vaciló.

No podía disparar contra cualquiera. Tenía que intentar pasar desapercibido. No estaba dispuesto a matar a personas que no fueran culpables.

De pronto, alguien gritó:

—¡Allí está!

Preocupado por escabullirse, Liman no se había dado cuenta de que su silueta acababa de recortarse fugazmente a la luz de la luna. Dos disparos de rifle crepitaron hacia él.

Respondió al fuego.

Lo sentía, pero no tenía más remedio que defender su y ida.

Dos hombres dieron una misma voltereta como si fueran un solo cuerpo, soltando sus «Winchester». Todos los demás corrieron a parapetarse.

Se oyó la voz de Forbes:

—¡Malditos! ¡Acorraladle!

Liman, que estaba ahora en el tejado de la cuadra, paseó una mirada en torno suyo. Las cosas se estaban poniendo muy mal. Era probable que le rodearan por todas partes.

Sólo tenía una solución y no vaciló en utilizarla.

Se introdujo ágilmente por uno de los ventanucos de la cuadra, que no tenían cristales.

Los caballos relincharon inquietos. Muchos intentaron desligarse.

Liman los fue soltando rápidamente, mientras los empujaba al exterior.

—¡Hala! ¡Fuera! ¡Fuera!

Le entendían como si fueran personas. Salieron atropelladamente, quizá adivinando lo que iba a suceder. Los hombres que iban a entrar a por Liman fueron arrollados en la puerta por el propio paso de los corceles.

El joven encendió un fósforo y lo arrojó a la más alta de las pilas de paja.

Las llamas se propagaron velozmente. Liman arrojó otro fósforo sobre el pesebre, que comunicaba con una pared de madera.

El humo se extendió con una rapidez brutal, tanto que incluso le sorprendió a él. Tuvo que saltar hacia uno de los ventanucos de la parte trasera.

Iba a salir, cuando una figura se recortó en la puerta, entre la humareda.

Los dos se vieron vagamente.

—¡Perro…!

Fue lo último que el vaquero dijo. De pronto una bala chocó con su frente. Dio una vuelta y quedó cruzado sobre la entrada. Otro que venía detrás tropezó con él.

Liman ya había salido.

Contempló desde el tejado las llamas que salían por todas partes. Como la cuadra estaba pegada a la casa, era más que probable que ésta se incendiara también. Bonita fiesta para Forbes.

Éste lo miraba todo desde una zona oscura, donde se sentía protegido. Aulló:

—¡Formad una cadena! ¡Hay que echar agua a la casa! ¡Pronto, malditos, pronto…!

Liman saltó tranquilamente al tejado del edificio principal. Se movía sin esfuerzos, con esa pasmosa facilidad de los felinos. Minutos después se había descolgado por el lado opuesto y se hundía en la oscuridad, lejos del área cada vez más extensa que empezaba a ser iluminada por las llamas.

Forbes seguía aullando:

—¡Una cadena más rápida! ¿A qué esperáis, cerdos? ¡Los mataré

a todos! ¡Trabajad! ¡Trabajad, malditos!

Los hombres resoplaban y gruñían, redoblando sus esfuerzos, pero todo iba resultando inútil. Las llamas progresaban. Forbes no había previsto un incendio. Nunca se le ocurrió pensar que la cuadra estaba demasiado cerca de la casa.

Las llamas prendían ya en ésta.

Un viento insistente las empujaba hacia allí. Penetraban por las ventanas y hacían mella en las cortinas. Éstas, al caer al suelo, propagaban el incendio a su vez.

De pronto el ranchero apretó los puños.

Tenía dentro de la caja fuerte mucho dinero. La caja fuerte no se quemaría, desde luego, pero los papeles encerrados dentro no podrían resistir la elevadísima temperatura. Los billetes se desharían. Una auténtica fortuna se convertiría en humo.

Entró a toda velocidad.

Las llamas eran más intensas en el piso superior que en la planta baja. A causa de las ventanas abiertas, circulaban como si fueran seres vivos. Era muy posible que la escalera se derrumbase de un momento a otro.

Forbes subió por ella. Saltaba los peldaños de tres en tres.

Penetró en el despacho, que todavía estaba intacto. Fue hacia el lugar donde yacía la caja fuerte.

No era demasiado pesada.

La arrastró.

Al salir, vio que unas cortinas encendidas habían sido arrastradas por el viento hasta la parte inferior de la escalera, y que las llamas prendían ya en la madera seca. No podía salir por allí. Arrastrando la caja, se dirigió a la parte de la casa que correspondía al servicio. Allí había otra escalera por la que podía escapar.

El viento parecía haberse vuelto huracanado. Las llamas rugían, le perseguían. A causa de haber abierto él la puerta, se produjo una especie de corriente de aire, de «tiro de chimenea». Las llamas avanzaron a una velocidad insólita.

Forbes vio a su mujer allí, en el pasillo.

Ignoraba lo sucedido. No sabía que otro de sus pistoleros estaba ya muerto.

—Elena…, ¿qué haces aquí?

Ella apretó los labios. Mintió.

—No sabía dónde meterme.

—¡Las llamas están viniendo! ¡Todo esto arderá dentro de poco! ¡Hay que huir!

—Sí.

Ella aún parecía ausente, trastornada.

—Toma la caja fuerte. Yo cerraré esa puerta para que el aire no alimente las llamas.

Elena se hizo cargo de la caja. Vio a Forbes correr hacia la puerta. Fue a cerrarla.

De repente se oyó un grito.

Forbes acababa de resbalar. La cera que cubría las tablas del suelo se había ido derritiendo con el calor, y no era ya más que una sustancia viscosa. Se rompió el tobillo. Quedó crispado en el suelo, haciendo un gesto de terrible dolor.

No pudo cerrar la puerta.

Las llamas seguían rugiendo y avanzando. El viento las alimentaba más y más. Estaban sólo a un par de yardas del caído.

Éste masculló:

—¡Elena!

—¿Qué te pasa?

—¿No lo ves? ¡Ayúdame, infiernos!

Ella dejó la caja en el suelo. Avanzó unos pasos hacia él.

De pronto se detuvo.

Una sonrisa malsana, turbia, flotaba en sus labios. Sus ojos contemplaban al caído con una expresión que era a la vez triunfante, desdeñosa y burlona.

—¿Pero qué haces? ¡Ven a darme la mano! ¡Necesito ponerme en pie! ¡He de salir de aquí!

Elena murmuró:

—¿No puedes moverte tú solo?

—Tengo el tobillo roto. No puedo… apoyar el pie. Si me apoyo en ti podré salir.

Ella lanzó una burlona carcajada.

Fue una carcajada atroz, salvaje, que hizo que se desencajaran los ojos de Forbes.

—¡Elena! —gritó—. ¡Elena!

—¡Ya te he soportado bastante, maldito! —gritó salvajemente—. ¡Ya me he cansado de ser tu esclava, la muñeca de tus caprichos!

¡Yo me quedaré con el dinero! ¡Sálvate tú si puedes!

—¡Elena! Si yo muero tú no serás nadie.

La expresión de la mujer fue ahora tan burlona que se hizo conmiserativa.

—Soy tu heredera, ¿no? ¿O es que vas a variar el testamento ahora? Y esta casa desaparecerá, pero no importa. Nunca me gustó. Edificaré otra, porque la verdadera riqueza del rancho queda. Quedan las reses y las tierras.

Forbes hizo una mueca de furia. Sus facciones reflejaron un odio satánico.

—¡Condenada arpía! —masculló.

Empezó a arrastrarse por el suelo. No podía andar, pero arrastrarse sí. Parecía un perro herido. Desesperadamente intentó sujetar uno de los tobillos de su mujer, para derribarla.

Ella rió otra vez.

Era joven y ágil. Para sus piernas fue un juego dar un salto y ponerse fuera del alcance de sus zarpas.

Éste gemía, suplicaba, lanzaba maldiciones en voz ronca.

Elena suspiró:

—Nunca me has dado tanto asco. Descansa en paz, cariño.

Salió por la única puerta que se podía emplear, y la cerró con llave a su espalda.

Forbes quedaba en un pasillo donde no había más que dos puertas. Una servía ya de paso para las llamas, que avanzaban rugientes hacia él. La otra estaba cerrada con llave y sabía que no iba a poder franquearla. Hubiese conseguido derribarla, tal vez, lanzándose en plancha varias veces contra ella, pero para eso necesitaba ponerse en pie…, y no podía. ¡No podía!

Chilló como una rata acorralada.

Sus facciones sudorosas estaban desencajadas por el terror.

—¡Hiena! ¡Elena! ¡Abre de una vez, maldita! ¡Abre de una veeeez!

Siguió arrastrándose. Chocó contra la puerta y se puso a golpearla con la cabeza. Sus alaridos llenaban el aire.

Elena, mientras tanto, seguía arrastrando la caja. Cerró dos puertas más para que los alaridos de Forbes no se oyeran.

La casa empezaba a ser ya una pira. Las llamas se distinguían desde gran distancia.

El juez las vio desde la ventana de su dormitorio de solterón, en Tuba City.

—Vaya —murmuró—. Parece que en el rancho de Forbes están celebrando una gran fiesta.

CAPÍTULO VIII

Hasta los indios hopi de la reserva, parientes de los asesinados por Forbes, habían sido obligados a acudir al rancho de éste para tratar de apagar el fuego. Las cadenas de hombres se movían con frenética rapidez. Los cubos de agua eran lanzados uno tras otro sobre las llamas, pero todo resultaba inútil.

El viento las propagaba cada vez más.

Pronto, de lo que había sido hermoso edificio, no quedaría nada. Colman, que había visto el incendio desde su residencia, movilizando enseguida a todos los hombres de la comarca, miraba el espectáculo con ojos desencajados.

Elena estaba sentada encima de la caja fuerte y gemía a intervalos, mientras decía con voz ahogada:

—Mi marido… El pobre está ahí… Yo sé que no podré resistirlo.

Lo curioso era que su voz parecía reflejar sinceridad. Diríase que su dolor era auténtico.

Colman se acercó a ella.

—Lo siento, señora. Lo siento de verdad. Puede estar segura de que se hará todo lo posible.

Ella le miró con ojos anegados en llanto.

—¿Cree que hay esperanzas? —susurró.

—Pues… pues no sé.

—¡Dígame la verdad! ¡Creo que él ha muerto! ¡Dios santo! ¡Es terrible!

Colman trató de consolarla.

Ruggles, a cierta distancia, miraba la escena y parecía adivinarlo todo. Una leve sonrisa flotaba en su rostro. Sus ojos se cruzaron un instante con los de Elena.

Y se comprendieron los dos.

Estaba dicho todo. Nadie salvaría a Forbes. Ahora ambos podrían disfrutar con tranquilidad su fortuna.

Lisa, que también estaba allí, captó aquella mirada. Sus ojos se enturbiaron.

Poco a poco, evitando el circulo de claridad producido por las llamas se dirigió hacia su caballo y lo montó. Su cerebro parecía hervir. Le dominaba una sensación de fiebre. Puso el animal al paso y se dirigió a la residencia de su padre.

Desde gran distancia se distinguía la claridad anaranjada de las llamas.

Llegó al sólido edificio dos horas después. Se sentía cansada no sólo en lo físico, sino destrozada moralmente.

Allí tropezó con alguien que parecía estar esperándola. Aquel alguien era Liman.

Su figura surgía misteriosamente de entre las sombras. La muchacha no pudo evitar un gesto de sorpresa al verle. De sorpresa y de algo más que supo disimular: ilusión, deseo, ansia.

—Liman… —susurró.

El sujetó por las riendas al caballo. Luego lo dejó para que ramoneara por las cercanías, entre la semioscuridad.

—Vienes del rancho de Forbes —dijo con voz apagada.

—Sí. Todo el mundo se ha concentrado allí al ver las llamas. Puede decirse que mi padre ha movilizado a toda la gente de la reserva.

El se mantuvo en silencio, evitando mirarla. Fue Lisa la que añadió quedamente:

—Todo el rancho ha quedado destruido.

—No pensaba hacerlo cuando llegué allí —dijo él—. Sólo quería eliminar a uno o dos de los asesinos. Pero las cosas se complicaron y tuve que organizar la «fiesta» para poder huir.

—Afortunadamente no parece que haya muerto nadie. Sólo Forbes.

Liman alzó la cabeza de pronto.

—¿Forbes?

—¿No sabes nada de eso?

—No.

Naturalmente, él ignoraba lo ocurrido después de su fuga. No sabía lo ocurrido entre Forbes y su «fiel esposa». No tenía la menor

idea de que el ranchero había quedado apresado entre las llamas.

—Dios santo —murmuró.

—Sí —insistió Lisa—. Forbes es el único que ha muerto.

—¿Estás segura?

—Elena lloraba desconsoladamente. Los vaqueros buscaban por todas partes y Forbes no aparecía. Su propia esposa dijo que había quedado apresado entre las llamas.

Liman suspiró. De pronto sintió como si todo hubiera terminado. Como si al final pudiese volver a vivir en paz.

—Entonces aquellos pobres indios están vengados —dijo en voz baja—. Quedan con vida unos cuantos pistoleros, pero son gente de segunda categoría, individuos a los que en cierto modo se puede perdonar. No, no seguiré con esta matanza.

Lisa murmuró:

—¿Significa eso que vas a irte de aquí?

—Me iré cuanto antes. Yo no deseaba incendiar todo un rancho —murmuró—. Sé que la venganza origina venganza y esto no terminaría nunca. Mejor será dejar las cosas como están ahora. Me iré cuanto antes lejos de aquí, Lisa.

Los ojos de la muchacha temblaron un momento. En la semioscuridad eso casi no se notó.

—Liman —dijo con voz queda—, si te vas ahora te perseguirán.

—Lo sé.

—Mi padre dirá que te has fugado. Tú mismo dijiste lo que ocurriría entonces: empezarían a buscarte con orden no de llevarte a Yuma sino de tirar a matar.

El dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, sin tuerzas, como dominado por un brusco desaliento.

—Lisa —murmuró—, hace unos días te expliqué por qué fui a Yuma. Es decir, te confesé que había matado a un individuo por «cosas mías», y que luego había tenido que eliminar a sus guardaespaldas. Esas «cosas mías» eran muy sencillas: aquel individuo arrasó, porque no queríamos vendérselo, el pequeño y pobre rancho que cuidábamos entre mi hermano y yo. Mi hermano murió en el incendio, y yo juré vengarme. De verdad que lo hice, y además lo hice bien. Pero aquellas llamas quedaron grabadas en mi cerebro. A veces, por las noches, despertaba bruscamente, recordándolas. Muchas de mis horas solitarias de Yuma quedaron

marcadas por aquel recuerdo. Por eso hoy me he dicho a mí mismo que no quería ver más casas incendiadas. Me iré de aquí. La historia de Forbes, el asesino, y de Liman, el vengador, acaba de terminar ahora, muchacha.

Ella se estremeció.

Sus labios temblaron cuando dijeron entre la semioscuridad:

—También la nuestra termina aquí, Liman. Una historia que en realidad nunca empezó.

Las manos del hombre se alzaron insensiblemente, casi sin que él se diera cuenta.

Sujetó los brazos de la muchacha. La atrajo hacia sí.

Ella se colgaba de aquellas manos poderosas. Tenía la cabeza desmayadamente echada hacia atrás. Respiraba agitadamente, con los ojos entrecerrados, esperando la caricia.

Todo su cuerpo, toda su sangre, la estaban pidiendo.

Los labios de Liman se cerraron sobre sus labios.

En la semioscuridad, en la soledad que los envolvía, sonó el chasquido de sus besos.

Cuando Liman la soltó, la muchacha estaba muy pálida. Sabía que aquello era el fin. Sabía que nunca más volvería a ver al único hombre que pudo significar algo en su vida.

Liman se alejó unos pasos.

—Adiós, Lisa —murmuró—. Sé que nunca más volveremos a vernos y es mejor así. Es más justo y más digno.

Se fue definitivamente. Lisa fue a avanzar hacia él, siguiendo un impulso que no podía dominar. De pronto algo la detuvo. Fue el sentido de su propia decencia, la convicción de que la suya era una pasión maldita e imposible. Nunca podría unirse a aquel hombre, a un fugitivo de Yuma. La maldición les perseguiría a todas partes. Era mejor olvidar.

¿Pero lo conseguiría?

Un sollozo rompió su garganta.

Quedó crispada, doblada sobre sí misma en la soledad de la tierra india, mientras, cada vez más lejano, oía el galopar del caballo que se llevaba para siempre a Liman.

No era arriesgado pernoctar en Tuba City.

Pese a saber que podían detenerle, Liman se detuvo allí. Todo el mundo estaría concentrado en torno al rancho de Forbes,

husmeando entre las ruinas y haciendo comentarios. En Tuba City, prácticamente, no quedaría nadie para meterse con él.

Liman se dirigió al único hotel.

El dueño estaba sentado en el vestíbulo, en una silla de mimbre. Con una mano sostenía un periódico atrasado y con la otra trataba de espantar las moscas. Eran unas moscas muy gordas y satisfechas de la vida, como las del penal de Yuma. Oscilaban en torno a la lámpara encendida y de vez en cuando se lanzaban en picado sobre la calva del dueño.

Éste pegó un brinco.

—Usted… es… es…

—Me conoce bien. Soy Liman.

—¿Quiere… pasar la noche aquí?

—Sí, pero no tema porque no voy a originar conflictos. Todo el mundo ha ido al rancho de Forbes, supongo. Mañana, muy temprano, antes de que regresen, me largaré de aquí.

—De… de acuerdo.

—No tengo apenas dinero, pero puedo pagarle el hospedaje de esta noche. Prefiero hacerlo por adelantado. ¿Cuánto va a cobrarme?

—No se preocupe. Ya… ya me lo pagará mañana.

—¿Por qué?

—Déjelo. Es costumbre de la casa.

Liman se encogió de hombros. Bueno, ¿qué más daba? No comprendía muy bien aquello, pero era igual.

Pronto lo comprendería, sin embargo.

—Habitación cuatro —dijo el dueño.

El joven subió unos peldaños. Vio la puerta de la habitación. La empujó lentamente.

—Te esperaba —dijo una voz pastosa, entre la penumbra que reinaba en el interior.

El joven cerró la puerta sin prisas, mientras miraba delante suyo con una especie de resignación. Vio allí a la persona que menos podía esperar: a Elena Forbes. La condenada se había puesto un vestido de luto para demostrar su terrible pena ante la muerte de su marido. Y lo peor era que el luto le sentaba bien. Era una estatua palpitante, una estatua que, en contra de su voluntad, hizo que una emoción secreta naciera en Liman.

Éste musitó:

—¿Qué haces aquí?

—Ya ves. Estaba desconsolada.

—No sólo eres una cualquiera sino una asesina. Ahora comprendo algunas de las cosas que parecen haber ocurrido en el rancho.

—¿Eso te duele? ¿No pensabas tú matar a Forbes?

—Desde luego que sí. Pero precisamente por eso, me hubiera gustado hacerlo yo mismo.

Ella rió. Su risa era lenta y pastosa, como su voz.

—Pensaba que vendrías aquí —murmuró luego—, y por eso he venido yo también. Te habrá extrañado el que no quisieran cobrarte el hospedaje. Yo di instrucciones al dueño. Le pedí también que te enviara a esta habitación.

—Tener la amistad de una mujercita previsora es una delicia —dijo él con voz helada.

—¿Te molesta? Debieras haber comprendido que te conviene estar a bien conmigo, Liman. No eres más que un desdichado, no eres más que carne de presidio.

—Lo sé.

—Apenas tendías dinero ni para llegar a la frontera de California.

—Pediré trabajo en los ranchos que encuentre en mi camino. Y me lo darán.

Ella suspiro con ansia y con desaliento a la vez.

—Liman —murmuró—, tú no me comprenderás, pero siempre he sido una desdichada. Pasé hambre hasta que me casé con Forbes. Luego ya no tuve el peligro de morirme de hambre, pero… peto me morí de asco.

El guardó silencio.

Sus facciones seguían siendo tan impenetrables como una máscara de piedra.

—Detestaba a Forbes —murmuró—. Detestaba su mirada, sus palabras, el derecho que tenía sobre mí. Era una desdichada, pero de todos modos hubiera terminado acostumbrándome… de no haber llegado tú.

El seguía guardando silencio.

Sus ojos eran apenas dos rendijas.

—Elena —murmuró al fin—, todos somos responsables de nuestros actos. Si cometes un mal, lo pagas. En todo caso tú debieras saber que nada se gana matando a traición.

Ella hizo un gesto de impaciencia. Era una mujer ardiente, decidida, para la que sólo existía el placer o la necesidad de cada instante.

—A traición o no, Forbes ya está muerto —dijo—, y eso es lo único que importa. ¿Por qué perder el tiempo? Tú y yo podemos empezar una nueva vida. Déjate de tonterías y de pensamientos más o menos tristes. Los dos somos jóvenes, libres y nos necesitamos. ¿Qué hacemos aquí, mirándonos como dos tontos?

Liman susurró:

—Yo no te necesito a ti, Elena.

Pareció como si la mujer acabara de recibir una bofetada en pleno rostro. Sus ojos se entrecerraron mientras se tensaban sus facciones.

—No me dirás eso otra vez. Liman.

—Vete de aquí, Elena —murmuró él—; no voy a acusarte de nada, no quiero tener nada contra ti. Pero tampoco tenemos nada en común, de modo que más vale que cada uno siga su camino. Vete…

Su voz había sido suave. No denotaba rencor.

Eso hizo pensar a la mujer que la situación estaba cambiando. Se acercó a él.

—Liman…

Sus labios temblaban dominados por una secreta ansiedad.

De pronto se crisparon levemente. Muy levemente.

Al principio el joven ni siquiera lo notó. Sólo le extrañó que ella se hubiera quedado tan quieta.

Elena murmuró de nuevo:

—Liman…

De pronto se derrumbó. Sus rodillas se doblaron de una forma extraña, incomprensible para Liman. La mujer, al caer, casi se abrazó a él.

Fue entonces cuando Liman lo vio.

Fue entonces cuando sus ojos captaron aquel puñal clavado hasta las cachas en la espalda de la mujer, y cuya lengua de acero debía haberle atravesado el corazón.

La mirada de Liman se fue alzando poco a poco. Desde la espalda de la muerta ascendió hasta la puerta que había al otro lado de la habitación y que antes debió abrirse poco a poco, sin que ninguno de los dos lo notara.

En esa puerta había dos hombres. Uno tenía la mano derecha levemente alzada, en la misma posición en que debió quedarle al lanzar el cuchillo a la espalda de la mujer. El otro hombre estaba muy quieto, y era… ¡era Forbes!

Liman casi no podía creerlo. Necesitó mirarle dos veces, con ojos desencajados.

Las facciones de Forbes aún estaban ennegrecidas por el humo. Tenía parte de sus ropas hechas jirones, pero en sus ojos se leía una fanática, una mortal decisión.

Necesitaba apoyarse en un bastón. Uno de sus tobillos estaba vendado. Perú con la mano libre empuñaba un revólver.

—Creías que estaba muerto, ¿verdad. Liman?

El no contestó.

Estaba cazado. A Forbes le bastaba con mover un dedo para enviarle una bala a la cabeza.

¿De qué servía hablar? ¿De qué servía quejarse?

—La muy maldita quiso que me quemara vivo —dijo Forbes roncamente—. Debí haber comprendido antes que era una zorra. Y hubiera muerto, sin duda, de no tener aquella ventana tan cerca. Fue sólo eso lo que me salvó. Conseguí arrastrarme hasta aquella ventana, izarme al alféizar y salir. Cuando me dejé caer, perdí el conocimiento unos instantes. Luego me alejé a rastras para que no me cayera una pared encima. Volví a perder el conocimiento hasta que éste, William, me encontró.

Señaló al pistolero que acababa de apuñalar a Elena.

Éste había bajado ya la mano. Y en su derecha brillaba ahora un «Colt» Frontier.

William era otro de los granujas que participaron en la matanza. Liman había jurado acabar con él al principio; luego desistió, para no derramar más sangre. Pero ahora las cosas habían cambiado. Ahora era William el que le eliminaría a él.

Susurró:

—¿A qué esperas?

Los dientes de Forbes rechinaron.

—No tires a matar, William —farfulló—. Hiérele solamente, para que sufra. Quiero rematarle yo. Quiero rematarle a cuchilladas con la misma arma que Elena lleva clavada en la espalda.

—Con mucho gusto —dijo William—. Primero la rodilla izquierda. Y a continuación el codo derecho. Es mi especialidad.

Fue a disparar.

Pero Liman, a pesar de saber que iba a morir, no estaba dispuesto a que eso ocurriera sin lucha. Bruscamente su pierna derecha se levantó.

Dio un tremendo puntapié a la cama. Un puntapié tan fuerte como inesperado, y que la envió por los aires.

La bala se clavó en el colchón.

Éste cayó sobre William. Se oyó una maldición. Forbes también había perdido el equilibrio.

Los gritos casi simultáneos rompieron el silencio que se había producido después del disparo.

Liman sacó el revólver.

Creyendo tenerle seguro, habían cometido el error de no despojarle de su arma. Ahora el joven tiró hacia el frente, pero no veía a ninguno de sus enemigos.

Abrió la puerta para salir y acorralarlos por otro lado.

En ese momento William asomó la cabeza por un costado de la cama volcada. Disparó sin apuntar, de una forma repentina y solamente pensando en cubrirse. Perú esta vez tuvo suerte.

La bala se llevó por delante el cañón del «Colt» de Liman. Éste se dio cuenta de que ahora, de pronto, no tenía en la mano más que una especie de petardo que no le servía ni para hacer ruido.

Saltó hacia atrás, hacia el pasillo.

Resbaló y dio una vuelta en el aire. Segundos después ya había recobrado la vertical. Corrió hacia el ángulo que formaba el pasillo a poca distancia. Allí podría guarecerse mientras buscaba el medio de hacerse con un arma.

Oyó el grito de William:

—¡Le he dado!

—¡Persíguele, infiernos! ¡Que no escape!

Era la voz de Forbes. Se le oyó también jadear mientras hacía esfuerzos para ponerse en pie.

Liman llegó hasta el ángulo del pasillo. Consideró que allí, por el

momento, estaba salvado.

Bueno, sólo por el momento.

Porque cuando aquella culata se abatió sobre su cráneo y le lanzó por tierra, las cosas empezaron a cambiar.

CAPÍTULO IX

La cabeza de Liman choco contra la pared. Después del culatazo recibido, no era agradable que encima su cabeza tuviera que servir de parachoques. Pero de todos modos no perdió el conocimiento.

Miró hacia arriba.

El «Colt» que antes le golpeó se había invertido. Ahora era el cañón el que le apuntaba. Y detrás estaba otro de los pistoleros de Forbes, otro de los malditos.

Lo tenían todo bien organizado. Le habían hecho caer en una trampa.

—Creías que ibas a escapar, ¿eh? —Los dientes del asesino rechinaron—. Nosotros siempre trabajamos en equipo, siempre nos protegemos unos a otros. Forbes me dará una buena recompensa cuando sepa que te he liquidado yo. Y ahora… ¡Adiós!

Aquella última palabra era una sentencia de muerte. El pistolero fue a apretar el gatillo.

De pronto vaciló.

Ocurrió algo muy similar a lo que había ocurrido poco antes con Elena Forbes.

Pero esta vez el joven vio de qué se trataba. Detrás del asesino acababa de aparecer una silueta, una silueta de mujer. No la reconoció en el primer momento. Sólo vio que ella empuñaba en la derecha un largo machete mexicano.

Acababa de clavarlo hasta el fondo en la espalda del pistolero.

Éste lanzó un terrible alarido. Su grito de muerte repercutió en las paredes. El machete retrocedió y volvió a clavarse de nuevo en su espalda, haciendo que la sangre saltara hasta el marco de una ventana próxima.

Una mueca de agonía se dibujó en las facciones del hombre.

Vaciló, mientras boqueaba.

Ahora Liman pudo ver quien era la mujer que manejaba el machete. Se trataba de Marian. No era extraño que supiera desenvolverse tan bien con el arma blanca, puesto que la muy maldita era una de las que habían rematado a los heridos hopi. Aunque en esta ocasión le estuviera defendiendo, aunque le hubiera salvado la vida, Liman no podía sentir ninguna simpatía por aquella hiena que tenía, sin embargo, unos ojos ardientes y una piel hermosa.

Fue a dar un salto dispuesto a intervenir.

Los golpes que acababa de recibir le impidieron tener la necesaria rapidez de reflejos. Esta vez no pudo ser tan veloz como hubiera deseado.

El pistolero se había vuelto.

Llevaba el revólver aún en la derecha. Con sus últimas fuerzas balbució:

—Maldita…

Hizo fuego.

Marian estaba prácticamente encima de él, de modo que no pudo evitar las balas. Gritó al sentir que el plomo penetraba en su vientre, en su pecho.

El pistolero siguió disparando, mientras en sus facciones se reflejaba ahora una mueca satánica.

No por mucho tiempo.

En el espasmo de la agonía, Marian movió el machete otra vez. Materialmente cayó encima del hombre, mientras lo clavaba. Los dos cuerpos quedaron unidos, mezclando sus sangres. Un segundo después se había apoderado de ellos la inmovilidad de la muerte.

Liman los miraba con asombro.

A pesar de que había visto muchas cosas en su vida, y a pesar de lo que había oído decir en Yuma, todo aquello le impresionaba más de lo que al principio creyó.

Tuvo el impulso de separar, al menos, aquellos cuerpos, pero ni eso pudo hacer.

De un momento a otro iba a salir William. Se le oía ya apartar la cama que taponaba parcialmente la puerta.

Liman tendió la mano. Se apoderó del revólver del muerto, que casi yacía junto a él.

Con dos rapidísimos gestos comprobó la carga: aún quedaban dos balas. Más que suficientes para matar a un perro rabioso.

William salió confiado. Llevaba el «Colt» en la mano derecha. Miró hacia el frente.

De repente parpadeó. Sus ojos se desencajaron, negándose a creer lo que veían.

No era por los muertos, sino por el «Colt» que empuñaba Liman. Intentó penetrar de nuevo por la puerta de la habitación.

Gritó de pánico.

Oyó apenas la voz de Liman, que decía lentamente:

—Erais un hermoso regimiento de hijos de zorra. Seis asesinos. Pero ahora sólo quedará Ruggles.

Disparó las dos balas que quedaban en el cilindro. Lo hizo sobre seguro y a matar.

William llegó a caer de nuevo sobre el colchón, pero ya con la cabeza atravesada. Forbes, que ya se había puesto en pie, apenas consiguió balbucir:

—¡William!

Liman le oyó. Recargó el revólver.

Estaba seguro de que Forbes no se le escaparía otra vez. Había sonado la última hora para aquel maldito.

Pero entonces ocurrió algo inesperado, algo con lo que no contaba Liman.

CAPÍTULO X

Hasta entonces, en términos generales, las mujeres le habían ayudado. Incluso la propia Elena, que ahora yacía muerta, había hecho algo por él. En eso tenía suerte.

Pero la suerte se acaba alguna vez y él iba a comprobarlo muy pronto. Porque la mujer que ahora estaba detrás de él no pensaba ayudarle de ningún modo.

Eran dos las sirvientas del rancho Forbes que antes tuvieron íntima amistad con su dueño. Y también eran dos las que habían participado a machetazos en la salvaje masacre.

Una, Marian, había expiado ya su culpa. Pero la otra, Margaret, que había seguido a su compañera al ver que ésta se dirigía a Tuba City, se encontraba ahora detrás de Liman.

Ésta no tenía un carácter tan complicado como el de Marian. Marian fue una salvaje que al mismo tiempo era una sentimental. En cambio Margaret era una salvaje solamente.

Vio los cadáveres. Y vio a Liman dirigirse hacia una de las habitaciones con un revólver amartillado. De aquella habitación partía la voz angustiada de Forbes:

«¡William! ¿Dónde estás, maldito William?».

Margaret se dio cuenta enseguida de lo que iba a suceder. Y pensó que ahora tenía la más maravillosa oportunidad de su vida para convertirse en la esposa y al mismo tiempo en la única heredera de Forbes.

Llevaba colgando del antebrazo un pequeño bolso y extrajo de él un revólver niquelado.

Apuntó.

Una fría determinación de matar brillaba en sus ojos. Descargaría el cilindro entero en la espalda de Liman. Pero cometió

el error de creer que tenía a su víctima segura. No le preocupó rozar con su cuerpo una de las paredes. Se oyó un leve susurro.

Eso bastó para Liman. Se dio cuenta instantáneamente de que tenía alguien a su espalda.

Disparó, girando sobre sus tacones con una increíble rapidez. Pero no pudo apuntar, y la bala resbaló por la pared, junto a la cabeza de Margaret.

Ésta había disparado a su vez, pero le sorprendió el movimiento fulminante de su enemigo. La bala salió alta. Hizo añicos una de las lámparas que había en el pasillo.

En el segundo siguiente Liman tuvo oportunidad de matar a aquella mujer. La tuvo quieta y ante el punto de mira de su revólver, a tan poca distancia que no hubiera podido fallar el disparo.

Pero le detuvo precisamente eso: el que fuera una mujer. Vaciló unos segundos que resultaron decisivos.

Ella se dio cuenta de que había perdido su oportunidad y estaba a punto de perder también la vida. Reaccionó con insospechada rapidez. Saltó hacia atrás mientras Liman decidía dejar de lado todos los escrúpulos y le enviaba una bala.

Margaret dobló la esquina del pasillo mientras la bala mordía la pared. Lanzó un grito.

Nada le ocurrió. Unos segundos después corría aterrorizada, pero sana y salva, hacia la puerta.

Liman vaciló unos segundos más. No sabía si perseguirla o acabar de una vez con Forbes.

Venció ese último pensamiento. Resolvió entrar en la habitación, quemando a balazos todo lo que tuviera por delante.

Pero Forbes ya se había dado cuenta de la situación y había tenido tiempo para huir. Incluso con un tobillo vendado, y gracias a la ayuda de su bastón, pudo salir de allí empleando la misma puerta lateral que había utilizado para entrar. Su rostro desencajado denotaba un miedo terrible a morir. Gruesas gotas de sudor resbalaban por todo su cuerpo.

El tilburí que le había traído hasta allí estaba en su sitio. Montó en él de la manera que pudo, dejándose caer materialmente sobre el asiento. Golpeó al caballo furiosamente, para que emprendiera el galope.

El tilburí traqueteó por las calles irregulares de Tuba City. Liman recargó el revólver, salió por aquella misma puerta y miró hacia el lugar por donde se alejaba el carruaje.

Su primer pensamiento lúe perseguirlo. No iba a resultar difícil darle alcance, disponiendo como disponía de un buen caballo.

Fue a correr hacia él, pero algo le detuvo en el último momento.

Una bala.

El plomo le rozó la cabeza, haciéndole lanzarse a tierra de un modo maquinal. Vio el fogonazo confusamente, entre las sombras. No comprendió en el primer momento quién era el enemigo que acababa de enviarle aquella bala.

¿Ruggles? No, Ruggles no tenía motivo para haber venido hasta allí. Alguien debía quedar en rancho Forbes.

¿Entonces quién? Pronto lo comprendió, al identificar el lugar de donde acababa de partir el disparo.

Era el juzgado. Tenía que ser aquel maldito juez el que «imponía la ley» tratando de asesinarle entre las sombras.

Liman masculló una maldición.

Ya que había empezado a hacer limpieza, la haría definitivamente. Nada de jueces vendidos al dinero del poderoso Forbes. Nada de hipócritas capaces de decir que un asesinato era «un incidente sin importancia», según quien lo hubiera cometido. La paciencia de Liman se había agotado ya. Dejaría a Colman el administrador el camino libre para reformar todo aquello. Porque todos los elementos podridos de la zona india estarían ya en sus tumbas.

Se arrastró sobre los codos.

El disparo no se había vuelto a repetir, pero no se confiaba. Seguramente su enemigo le estaría observando. Y en efecto, no se equivocó.

Cuando brotó el fogonazo, hundió la cabeza en el suelo instantáneamente. Por fortuna no se había apartado de la protección que le ofrecía una pequeña valla. El plomo mordió la madera, haciendo saltar astillas en todas direcciones.

Liman respondió al fuego, ya que era inútil tratar de pasar desapercibido. Después de la segunda bala oyó un gemido a corta distancia, pero era solamente un gemido de miedo. No había herido al juez aún, porque el perro estaba bien parapetado.

Corrió hacia allí, avanzando en zigzag y dispuesto a acribillarle apenas se lo echase a la cara.

No pensó que aquello pudiera ser una trampa. No se dio cuenta de que a su espalda se movía otra sombra.

Mientras el juez llamaba su atención disparando —y procurando matarle si era posible—, uno de sus hombres de confianza se había apostado en el tejado del hotel. Y cuando Liman empezó a correr en zigzag, lo tuvo perfectamente a tiro.

Apuntó.

En aquel momento el juez disparó de nuevo. No hubo coordinación entre los dos hombres. Creyó que tenía a tiro a Liman y aprovechó la ocasión.

El resultado fue que obligó a Lillian a lanzarse al suelo con la velocidad de un proyectil. La bala del hombre que estaba en el tejado, casi simultánea, no alcanzó a Liman a causa del inesperado salto del joven.

Éste se revolvió en el suelo.

Se había dado cuenta ya de que tenía un enemigo a la espalda. Apretó el gatillo rabiosamente, apuntando en aquella dirección.

No podía ver a su adversario, pero al menos conocía su situación. El traidor que estaba en el tejado tuvo que replegarse.

Liman estaba entre dos fuegos, pero eso no duró demasiado tiempo. Con pasmosa agilidad, saltó de nuevo, tras revolverse en el suelo. Segundos después estaba protegido por uno de los porches.

El juez se dio cuenta de que el golpe había fallado. Su mandíbula empezó a temblar.

Mientras tanto, el que se encontraba en el tejado asomó la cabeza de nuevo. No vio nada. Ahora no tenía la menor idea de dónde se encontraba el hombre a quien le habían ordenado matar.

Vaciló.

Escrutó las sombras durante lo que le pareció un tiempo interminable, y que en realidad fue solo de un minuto. Seguía sin ver nada. Tuvo la sensación de que su víctima acababa de huir.

De pronto ovó aquel crujido a su espalda. El leve crujido de una tabla del techo al ser pisada.

Se volvió con la rapidez del relámpago. Giró el revólver mientras cerraba el dedo sobre el gatillo.

La bala mordió la madera estérilmente. El pistolero lanzó un

grito de miedo.

Veía confusamente a su enemigo, que había llegado hasta allí con el silencio y la agilidad de un gato.

—Lo siento, muchacho.

Sonó un solo disparo. El pistolero soltó el arma, mientras se llevaba ambas manos al pecho y se contorsionaba al borde del tejado, herido mortalmente.

Un instante después caía. Se oyó un gruñido sordo y después nada. Un espantoso y siniestro silencio.

No se oía nada en toda la ciudad. Parecía como si todos los habitantes de Tuba City hubieran muerto de pronto.

Bueno, eso era totalmente exacto. El juez sí que oía algo: el castañeteo de sus propios dientes.

Se daba cuenta de que ya no podía contar con nadie. Su traición acababa de fallar. El asesino con quien contó para matar por la espalda a Liman, acababa de ser eliminado.

El terror le inmovilizó. Sentía como si su boca se hubiera llenado de arena, de tan seca que estaba. Su cuerpo, en cambio, se encontraba totalmente bañado en sudor.

Trató de huir. Si conseguía llegar hasta el juzgado le sería posible salvarse. Allí nadie podría entrar.

Retrocedió paso a paso.

Estaba pegado a la pared. Antes de moverse un solo palmo, miraba a ambos lados temerosamente. Jamás hombre alguno había tomado tantas precauciones para desplazarse. Daba la sensación de que estaba totalmente rodeado de enemigos, cuando en realidad su enemigo era uno solo.

Aquella sensación de no saber dónde estaba Liman, volvía loco al juez. Ansiaba llegar a mi despacho para así, al menos, atrancar la puerta y sentirse seguro.

Vio la puerta.

Sólo le quedaban once pasos, diez…

No pudo soportar por más tiempo la insoportable tensión. Corrió como un loco hacia allí, haciendo ruido. Se expuso a un balazo, que Liman hubiera podido enviarle con mucha facilidad.

Pero nada ocurrió. El juez llegó hasta la puerta y la cerró a su espalda, mientras jadeaba, rendido, como si acabara de terminar una carrera de diez millas.

Su rostro recobró el color normal. ¡Estaba salvado!

—¿Cansado, juez?

La voz le heló la sangre. Sus piernas estuvieron a punto de fallar.

—Respira con mucha fatiga. ¿Qué le pasa, juez?

La voz surgía del lugar donde estaba la mesa, pero con el despacho a oscuras, el juez no veía nada. De pronto se encendió un fósforo.

El rostro de Liman se dibujó al leve resplandor. El joven estaba sentado tras la mesa. Quitó el protector del quinqué de petróleo para encenderlo.

Su tranquilidad era pasmosa, teniendo en cuenta que el juez estaba lejos de ser un hombre sin armas. Aún conservaba en la derecha el revólver con el que poco antes disparó.

La luz se hizo en el despacho. Liman volvió a colocar tranquilamente el protector de cristal.

—Pero juez… ¿Qué le pasa? ¿Está asustado?

El otro ni siquiera se acordaba de que tenía el revólver. Necesitaba apoyarse en la pared para no caer. Sus ojos desencajados miraban al hombre que estaba sentado tras la mesa.

—Qué importante se siente uno aquí, juez —murmuró Liman—. Uno se pone detrás de esta mesa a dictar sentencias y se queda tan tranquilo. Lo mismo da decir blanco que negro. ¡Usted siempre tiene razón! Y cada mes cobra la cantidad que le asigna Forbes. Es una vida agradable, ¿no? Muchos deben envidiarle.

Con estudiada lentitud añadió:

—Lástima que vaya a durar tan poco.

La mandíbula del juez temblaba más y más. Su mirada había llegado a ser patética.

—No tire… —balbució—. Yo declararé lo que sea. Desenmascararé a Forbes. Lo juro.

—Forbes está desenmascarado ya.

—Pero no crea que esa matanza la cometió por casualidad. Está acostumbrado a cosas así. Hay otros delitos de los que yo puedo acusarle. Delitos que le hacen merecedor diez veces de la horca.

—Con una basta.

—¿Qué… pretende decir?

—Que si ya voy a matarle per una cosa, no hace falta que le mate por dos. Y cierre de una vez el pico, cobarde. Me dan asco sus

chivatazos y sus procedimientos ilegales. En lugar de eso debería acordarse de otra cosa.

—¿De… de qué?

—De que tiene un revólver en la derecha.

—Yo… yo no sé…

—¿No sabe usarlo? ¿Y antes qué hizo? ¿Quizá ocurrió que se le disparaba por casualidad?

La mirada del juez ya se había extraviado. Materialmente no podía tenerse en pie.

—Yo le diré lo que ocurre —dijo Liman—. Lo que ocurre es que no sabe disparar cara a cara. Sólo por la espalda.

—No se atreverá a matarme…

—No digo que vaya a matarle. Sólo le pido que se defienda. Puede hacerlo, ¿no?

El juez gimoteó:

—Será un asesinato…

—¿Por qué? ¿No tiene el revólver en la mano? Yo, en cambio, lo tengo aún en la funda. He de sacarlo.

Los dientes del juez rechinaron.

Se dio cuenta de que no iba a tener otra oportunidad. Se contorsionó mientras intentaba hacer fuego.

No llegó a tiempo.

Liman había «sacado» con una velocidad pasmosa, alucinante. Apoyó el cañón en el borde de la mesa y disparó a nivel de ésta. No podía fallar porque el juez estaba delante suyo. No era una cuestión de puntería, sino de rapidez.

Y la rapidez de Liman había sido increíble.

El juez se contorsionó. Acababa de recibir la bala en la cintura. Fue doblándose poco a poco.

Aún intentó levantar el revólver y hacer fuego. La segunda bala le penetró por el centro de la cabeza.

Cuando su enemigo hubo caído muerto en el centro del despacho, Liman guardó el revólver tranquilamente.

Mientras se ponía en pie, murmuró:

—Sentencia cumplida.

CAPÍTULO XI

Si algún hombre sentía en Arizona el frío de la muerte hasta sus mismos huesos, ese hombre era Forbes. No tenía más que un pistolero para protegerle, y de ese pistolero tampoco podía fiarse, porque Ruggles estaba asustado a su vez. Los demás hombres de su rancho eran vaqueros, hombres que se habían contratado para trabajar, no para matar, y que en una situación de peligro volverían la espalda.

De momento, el antes opulento ranchero tenía que vivir en uno de sus graneros, que no había sido alcanzado por el incendio, porque el edificio principal del rancho estaba convertido en un montón de vigas quemadas y tablones retorcidos. Ruggles también se encontraba allí, en vigilancia permanente. Fue él quien vio llegar a Colman, en compañía de uno de sus ayudantes.

En la mañana siguiente a los sangrientos sucesos de Tuba City, Colman tenía una expresión fatigada, absorta.

—Jefe, llega el administrador.

Forbes se asomó a uno de los ventanales. Miró el extenso paisaje para asegurarse de que no llegaba nadie más.

—¿Para qué vendrá ése ahora?

Temió que quisiera acusarle de la muerte de Elena. Sólo le hubiera faltado eso.

Pero Colman no parecía llegar en plan agresivo. Su preocupación era evidente al mirar al ranchero.

—Hola, Forbes. Veo que ha tenido que trasladarse…

¿Sabe que tuve una de las sorpresas más grandes de mi vida al saber que estaba vivo?

—Conseguí escapar… No sé ni siquiera cómo pude salvarme.

—He de darle una terrible noticia. Aunque quizá la conozca.

Forbes hizo un gesto apesadumbrado. Hundió los hombros con aspecto de resignación y de dolor. La verdad era que parecía sincero. Era el gesto del hombre que lo ha perdido todo, incluso lo que más quería.

—Mi mujer… —balbució.

—Sí. Alguien la asesinó anoche… ¿Cómo lo sabía?

—Las malas noticias corren mucho. Me lo dijo ése —y señaló a Ruggles, que le hizo un imperceptible gesto de complicidad. Ruggles podía ser lo que se quisiera, pero no se iba de la lengua—. ¿Tiene alguna sospecha? —añadió.

—Hubo de ser Liman —dijo el administrador pensativamente—. No sé si lo sabe, pero también mató al juez.

El gesto de sorpresa de Forbes sí que fue sincero esta vez. No imaginaba la noticia. Se llevó la mano a la boca, de todos modos, para disimular su sonrisa.

Aquello le convenía. Era un notición, dentro de las circunstancias. Aunque estuviera comprado, el juez hubiese tenido que abrir una investigación sobre la muerte de Elena, que era un personaje importante en la comarca. De aquella investigación hubiera podido salir, sin duda, un buen conflicto para él.

Pero, muerto el juez, nadie removería aquello. Y si Colman, sin haber hecho investigaciones, creía que Liman era el culpable…

—Estoy desesperado —balbució—. Si ese maldito asesino no es capturado pronto, todos moriremos.

Colman abrió los brazos con un gesto de impotencia.

—No dispongo de hombres.

—Llámelos. Usted es el administrador general de la reserva. Puede pedir ayuda.

—Ya lo he hecho. Vendrán tres hombres. Acabo de llegar de Tuba City, donde he puesto un telegrama.

—¿Sólo tres hombres?

—Son excelentes tiradores y llegarán mañana mismo. Estaban cerca de aquí. Liman no podrá hacer nada contra ellos; son nada menos que tres federales.

Un brillo de esperanza apareció en los ojos de Forbes.

—Entonces no está todo perdido.

—Nunca lo estuvo —dijo Colman—. Lo que ocurre es que yo me siento responsable porque traje ese hombre hasta aquí. Nunca creí

que fuera capaz de eso.

—Es un miserable asesino —escupió Forbes—. Debe ser eliminado como un perro rabioso.

—Será perseguido hasta el fin del mundo —prometió Colman—. Nunca le perdonaré.

Paseó su mirada por el granero, que era tan diferente a la fastuosa vivienda que había tenido Forbes.

—Su esposa se encuentra en Tuba City —dijo con un susurro.

—¿Y… y qué?

Colman le miró intrigado.

—¿No adivina lo que trato de decirle? ¿Para qué cree que he venido aquí?

—Para que asista al entierro, supongo.

—¡Naturalmente!

Los dedos de la derecha de Forbes tabalearon en una de las paredes.

—Verá, no me atrevo.

—¿Por qué?

—Ese buitre…

—¿Teme que vaya a matarle?

—Es capaz. Puede estar en Tuba City, esperando que yo llegue. Será una magnífica oportunidad para él.

—No se atreverá a nada, puesto que yo pienso ir con usted. Por muy audaz que sea Liman, no se atreverá a un tiroteo en el que puede morir el administrador general de la reserva. Entonces sí que nada le salvaría de la horca.

—¿Y qué? ¿No está condenado a muerte ya? Infiernos… A ése ya no le importa un crimen más. ¿No lo comprende?

Colman se encogió de hombros.

—Me parecía un último deber por su parte, Forbes. Pero en fin… Si asiste o no al entierro de Elena, lo ha de decidir usted. Por cierto, tenía clavado un cuchillo en la espalda. ¿Sabía eso?

—Pues… sí.

—Voy a llevarlo a Phoenix, a la capital. Quiero que un anticuario lo examine allí, porque es una pieza de cierto valor. Pudo formar parte de una colección de armas, en cuyo caso sería posible averiguar quién la compró y determinar quién es su dueño. Una simple formalidad, claro, porque en realidad eso no hace falta. Todo

el mundo sabe que a ella la mató ese buitre de Liman.

Volvió a hacer un gesto de resignación y tendió la mano derecha hacia Forbes.

—Mi pésame —dijo—. Comprendo que está usted pasando por un momento muy difícil…

—No se lo puede ni imaginar.

—Mi intención era acompañarle durante el triste acto del entierro pero ya que no viene, me iré enseguida. Nada tengo que hacer aquí. Adiós, Forbes.

—Adiós, Colman.

El administrador se alejó acompañado de su ayudante. Ruggles y Forbes les estuvieron siguiendo con la mirada hasta que se perdieron de vista. Ni de ellos se fiaban.

Al fin, Forbes chascó dos dedos.

—Ese cuchillo.

Ruggles le miró con curiosidad.

—¿Qué dice?

—Formaba parte de mi colección de armas. Fue una imprudencia liquidarla con él. El único anticuario que hay en Phoenix puede recordar que me vendió esa colección. En tal caso…

—Le acusarían, ¿no?

Forbes volvió a chascar los dedos.

—He de recuperarlo —dijo—. He de hacerlo cuanto antes.

—Eso no será difícil —murmuró Ruggles—. Todos los objetos de esa clase los depositan en el juzgado. Estando muerto el juez, allí no vigilará nadie. Podríamos ir ahora mismo y recuperar ese cuchillo. Luego nadie sabrá cómo se ha perdido.

Forbes denegó con un movimiento de cabeza.

—No, hoy no —dijo—. Habrá demasiada gente en Tuba City y mi presencia sería notada. No lograría que la gente me quitara los ojos de encima ni un minuto, y contigo ocurriría lo mismo. Mañana, en cambio, todo el mundo volverá a ocuparse de sus asuntos. Entonces habrá llegado el momento.

Ruggles asintió lentamente.

Mientras en sus ojos aparecía una mirada turbia, murmuró:

—Mañana…

Los dos hombres estaban cansados. Sin moverse del granero habían estado alternando las guardias durante toda la noche, sin

otra ayuda que la de Margaret, la cual sabía que también estaba en peligro de muerte y se había reunido con ellos. Así vieron llegar el próximo día sin que hubiera ocurrido absolutamente nada.

Temían en cualquier momento un ataque de Liman. Estaban convencidos de que ése se atrevería a cualquier cosa.

Pero el ataque no se produjo. Todo estaba en calma en aquella parte del rancho. Y sin embargo, una honda desazón, un miedo que no sabían dominar les estaba deshaciendo los nervios.

Fue Forbes el que murmuró:

—Bueno, ahora hay que ir a Tuba City.

—¿Los tres? —preguntó Ruggles.

—Sí. Los tres. Mientras vosotros vigiláis, yo me encargaré de apoderarme de ese cuchillo. Cuanto antes volvamos, mejor.

—De acuerdo. En ese caso no perdamos tiempo.

Después de lavarse sumariamente, prepararon los caballos.

Sabían que estaban unidos por sus propios crímenes y que ya no podrían separarse. El mismo Ruggles, que odiaba ahora a Forbes por haber matado éste a su esposa —o al menos por haberla hecho matar, de eso no estaba seguro—, comprendía que no podía separarse de él. Los tres tenían que salvarse juntos o morir juntos. No había otro remedio.

Cabalgaron hacia Tuba City.

Las tierras de la reserva estaban en calma. No se veía por ninguna parte ni a los navajos ni a los hopi.

Margaret murmuró:

—¡Qué tranquilo está todo esto! ¡No se ve ni a un indio…!

—Estarán asustados —opinó Ruggles.

Eso pareció recordar algo a Forbes, quien dijo con un gruñido:

—Cuando terminemos con este asunto, hemos de empezar otro. Ahora lo he recordado.

—¿Qué asunto?

—Aquel indio que nos vio durante la matanza —dijo lentamente —. Es un peligro que no podemos tolerar. Cierto que nadie hace caso a un hopi, y por eso había olvidado ya el asunto, pero ese tipejo podría insistir. Decididamente, hay que eliminarlo.

—Yo me encargaré de eso —dijo Ruggles—. Conozco los lugares que frecuenta. Le clavaré una bala en la nuca y en paz.

Los tres rieron.

En vista de la caima que les rodeaba, empezaban a recobrar su buen humor.

Poco después avistaban las casas de Tuba City. También aquello parecía tranquilo.

El día anterior debió reunirse muchísima gente allí, con motivo de los entierros, pero, ahora, como muy bien supuso Forbes, todo el mundo estaría ocupado nuevamente en sus casas. No iba a costar ningún trabajo llegar hasta el juzgado.

La calle principal de Tuba City aparecía casi desierta. Ni los comerciantes que tenían sus negocios allí se encontraban en las puertas. Eso también era extraño, pero de todos modos favorecía de lleno los planes de Forbes.

Los tres jinetes avanzaron lentamente.

Nadie parecía reparar en ellos.

Llegaron ante el juzgado, cuya puerta estaba cerrada. En ella alguien había colgado una pequeña corona con una cinta negra.

Forbes musitó:

—Sigamos.

No se detuvieron allí porque se hubiese notado demasiado la maniobra. Pasaron por delante del edificio y doblaron la esquina más inmediata.

Allí Forbes ordenó:

—Abajo.

Descabalgaron. Nadie les miraba. Forbes hizo una seña indicando a Ruggles que se situara en la esquina, vigilando, mientras él entraba en el juzgado.

Ruggles comprendió. Se dirigió hacia allí.

—Tú pasea por el porche —indicó a continuación Ruggles a Margaret—. No llamarás tanto la atención. ¿Dónde está tu revólver?

—En el bolso, como siempre.

—Empléalo si es necesario. Pero si el que viniera fuese Colman o uno de sus ayudantes, no tires contra ellos, desde luego. Limítate a entretenerles para que no entren en el juzgado mientras yo esté allí. Luego, al salir, ya buscaré una excusa.

—Comprendido.

La mujer se puso a pasear por el porche. Bien vestida como iba, y con su figura cimbreante, hubiera tenido que llamar la atención de cualquier hombre. Pero no se veía a ninguno por allí, como sí

todos los de Tuba City hubieran desaparecido.

Forbes pasó junto a ella igual que si no la conociera. Empujó la puerta del juzgado y se coló dentro.

Estaba seguro de que nadie le había visto.

En lo cual, desde luego, se equivocaba.

Porque un hombre le estaba mirando desde una de las casas fronteras, en la que se había colado sin que nadie le viese. Estaba en una buhardilla con una pequeña ventana, y desde allí dominaba la calle. Ese hombre era Liman.

Forbes pensaba que había tenido mala suerte en los últimos días y que ahora esa suerte tenía que cambiar. Empezó a creer que ello estaba sucediendo cuando vio los objetos que estaban depositados sobre la que fue mesa del juez.

Pequeñas pertenencias de Elena. El dinero y los relojes de los muertos. Algunos documentos. Y sobre todo aquel cuchillo que él conocía tan bien.

Lo tomó y lo guardó entre sus ropas.

Afortunadamente había llegado a tiempo. Nadie podría demostrar que volvía a estar en su poder. Salió.

En aquel momento oyó el agudo grito de Margaret:

—¡Cuidado, Forbes!

Era un grito repentino, angustioso, un grito que presagiaba muerte.

CAPÍTULO XII

Forbes vio inmediatamente de que se trataba. Distinguió a Liman con las piernas entreabiertas, los brazos caídos a lo largo del cuerpo, esperándole en el centro de la calle.

—¡Quieto, Forbes!

Ahora comprendió el ranchero, con una siniestra claridad, por qué la calle estaba tan vacía. La gente sabía que Liman volvería, que tenía que volver por tuerza. Y nadie quería encontrarse en el camino de las balas cuando éstas empezaran a aullar.

Forbes balbució:

—¿Cómo te has atrevido a… a…?

—Me preguntas cómo me he atrevido a venir aquí ¿no? —dijo Liman con una sonrisa helada—. Te extraña que un asesino pasee tranquilamente por las calles de Tuba City. Pero también tú eres un asesino, Forbes, y lo estás haciendo. Corres el mismo riesgo que yo.

Forbes tragó saliva violentamente.

Veía como mil pequeñas estrellas ante sus ojos. Estaba a punto de sufrir una alucinación. Maldita sea… ¿Qué hacía Ruggles? ¿Por qué no tiraba de una vez? ¿No estaba vigilando en la esquina? ¿A qué esperaba?

Por un momento pasó por su mente la idea de una traición. Pero se equivocaba.

Ruggles se había dado cuenta de todo. Parapetado tras la esquina, se disponía a hacer fuego.

Asomó un poco la cabeza. Una sonrisa torcida floto en sus labios durante unas fracciones de segundo.

Unas fracciones de segundo nada más… porque enseguida su cara cambió, al encontrarse con la bala.

Había llegado a creer que Liman no se daba cuenta de nada. Que

sólo tenía ojos para Forbes y para Margaret. Lamentable error que pagó con lo único que ya le quedaba: su piel.

Liman había disparado en el momento exacto en que Ruggles asomó la cabeza. Se oyó un rugido, y el pistolero cayó hacia adelante. Su cara estaba destrozada.

En el aire resonó un segundo aullido, pero éste lo había lanzado Forbes. Se dio cuenta de que estaba solo y de que tenía que jugárselo todo a una carta. E hizo entonces algo que sólo podía ocurrírsele a un perro sarnoso como él.

Mientras con la derecha «sacaba», con la izquierda sujetó a Margaret para ponerla delante de él y emplearla como escudo contra las balas.

Liman giraba en ese momento el revólver, mientras apretaba el gatillo. Apuntaba a Forbes y ya no tuvo tiempo de rectificar.

La bala segó lo que tenía delante. En este caso el cuerpo de Margaret.

La mujer lanzó un grito.

Todos los pistoleros tiran a una determinada altura ya por instinto, aun cuando no hayan tenido tiempo de apuntar bien. Esa altura es casi siempre la del corazón.

Margaret había sido atravesada. Forbes masculló una imprecación mientras trataba de enderezarla para seguir cubriéndose con ella.

Pero un muerto no puede mantenerse en posición vertical. Margaret se doblaba por la cintura. La cabeza y el cuello de Forbes quedaban al descubierto.

El ranchero tiró, pero lo hizo precipitadamente. El peso del cuerpo de Margaret estaba a punto de hacerle perder el equilibrio. La bala pasó a cierta distancia de Liman.

Éste le miraba con ojos grises, implacables, con los ojos de un verdugo.

Disparó dos veces.

La cara de Forbes pareció deshacerse en el aire. Su grito ronco sonó en la calle. Poco a poco se dobló, mientras resbalaba sobre el cuerpo de Margaret. Ambos quedaron en el porche, mientras la sangre de un cadáver se mezclaba con la del otro.

Liman murmuró:

—No puedes quejarte. Otros mueren en peor compañía.

Guardó el revólver.

Y fue entonces cuando oyó aquellos pasos. Los pasos de un hombre que se acercaba lentamente desde el otro lado de la calle.

Volvió la cabeza. La volvió muy poco a poco.

Y entrecerró los ojos.

Era Colman.

Colman, el administrador general de la reserva, que podía hacerle detener, que podía enviarle a la horca.

Unos pasos más allá, en el porche, mirándole como una obsesionada, estaba Lisa.

Liman no se movió.

Podía disparar, podía defender su vida, o tratar de huir, pero para eso tenía que matar a Colman. Y a Colman no lo mataría nunca.

El administrador de la reserva pasó junto a él, se inclinó sobre el cadáver de Forbes, le desabrochó la americana y retiró el cuchillo que el asesino había guardado.

—Lo imaginaba —susurró—. Si ayer fingí estar de su lado, fue para que viniera aquí. Para que hiciese lo que ha hecho.

Y alzó la cabeza hacia Liman.

Tres hombres habían doblado en aquel momento la esquina. Eran los tres típicos asesinos profesionales al servicio de la ley, los hombres que matan por un sueldo del Gobierno. Las estrellas de agentes federales brillaban en sus pechos.

Liman lo comprendió enseguida. Era Colman quien los había hecho llamar. Colman, que quería acabar con él…

Y era lógico.

Ahora todo estaba perdido.

Liman dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo. No pensaba resistir. ¿Para qué? Adiós a sus sueños de un día, adiós a la lejana ilusión que por un momento llegó a sentir. Todo había llegado a su maldito fin.

Los federales estaban ya junto a Colman.

Liman tragó saliva.

Había llegado el momento de entregar el revólver. Había llegado el momento de volver a Yuma.

Uno de los federales preguntó:

—¿A quién hemos de detener, señor Colman? Usted nos llamó

para eso, ¿no?

Colman miró a Liman.

Los ojos de los dos hombres se encontraron un momento. En su mirada pareció chispear un brillo metálico.

Y fue entonces cuando Colman murmuró:

—Les había llamado para detener a ese hombre —señaló el cuerpo de Forbes—, pero ya está muerto. Lo ha matado mi ayudante, Liman, con el que cuento para cambiar muchas cosas. Para cambiar de arriba abajo esta reserva india.

Liman creyó no haber oído bien.

Creyó que aquello era un sueño.

Pero los ojos de Colman le demostraron pronto que se trataba de una realidad. Aquellos ojos le habían hecho un guiño.

Liman dijo entonces, suavemente:

—Gracias, amigo.

Y avanzó hacia Lisa. Al principio sus pasos fueron lentos, pausados. Luego más rápidos. Al fin se transformaron en una carrera.

Los dos cuerpos, el de Liman y el de la muchacha, se encontraron en mitad de la calle. Y allí, delante de todos, se besaron.

Liman pensaba decirle una cosa a aquella preciosidad llamada Lisa. Pensaba decirle que justamente de «Lisa» no tenía nada.

Al contrario, ¡menudas curvas!

Pero se calló. Tenía la boca demasiado ocupada.

FIN

Notas

[1] Quizá esta situación pueda parecer a algún lector casi increíble o, por lo menos, demasiado novelesca; sin embargo, es dramáticamente cierta. Esta novela está inspirada en un hecho real, acaecido, además, en nuestros días. Unos hechos muy similares a los que acabamos de relatar ocurrieron en un país sudamericano que, por respeto a su buen nombre, ya que no se puede culpar a todo el país de los actos de unos forajidos nos abstenemos de mencionar. (N. del E.). <<